

BN
972.93
C764s

J. C. Alencara

SANTO DOMINGO
ALTAR DE AMERICA

Biblioteca Nacional

4868



BN
972.93
C764s

MAEL CONTRERAS ALCANTAR



Santo Domingo Altar de América

COLECCIÓN
MARTINEZ BOGOT

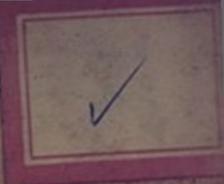
SANTO DOMINGO - REP. DOMINICANA

EDITORIAL EL DIARIO
SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA



BN
972.93
C764s

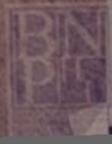
MAEL CONTRERAS ALCANTARA



Santo Domingo Altar de América

COLECCION
"MARTINEZ BOGG"
SANTO DOMINGO, - REP. D. DOMINICANA

EDITORIAL EL DIARIO
SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA



BN
972.93
C764s

ISMAEL CONTRERAS ALCANTARA

SANTO DOMINGO ALTAR DE AMERICA

◆
COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

EDITORIAL EL DIARIO
SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA



33186



Pera

*Meclardito Navita
con el invariable afecto de
Donal Boutin*

INTRODUCCION

Los diversos trabajos reunidos en la Primera Parte de este Libro, aspiran a demostrar la necesidad de un acuerdo permanente entre las Naciones del Continente Colombino, cuya identidad de circunstancias parece imponer, como medida de prevención y defensa, frente a la caótica situación del Mundo actual.

El tema no está investido de novedad, ya que, desde Bolívar hasta nuestros días, ha movido apasionadamente el pensamiento y la pluma de las más destacadas personalidades americanas; pero como quiera de que las ideas no son patrimonio exclusivo de nadie, me aventuro a publicar las mías, elaboradas al correr de estos tiempos tormentosos, y sin más mérito acaso que su sinceridad, con la esperanza de que ellas puedan contribuir a desbrozar caminos, a precisar conceptos, en la ejecución de un propósito, que es de tan vital interés para todos los vividores del Nuevo Mundo.

Sería vano empeño tratar de escribir sobre la América de Colón, sin que al instante nos saliera al paso, obligando el tributo de la más encendida admiración, el prestigio seductor de la Española que, de tal manera cautivó la voluntad del Descubridor Esclarecido, que la hizo depositaria de sus despojos mortales; y cuyas brisas perfumadas mecieron la cuna de este Nuevo Mundo, que emergía maravillosamente de las brumas imprecisas, a medida que los halcones de la Conquista, en su volar audaz, iban estre-

Reg. No. 001894

- 7



Martinez Boog-7-11-72

nando horizontes, "bajo la luz de las nuevas constelaciones", que, a fin de orientarlos a través del misterio, se encendieron gentilmente en el azul.

Devoto ferviente de esas glorias de ayer, reminiscencia quizás de ancestrales atavismos, sólo tuve que dejar correr un poco la imaginación sobre el plano de las brillantes realizaciones logradas en el presente, para vislumbrar un nuevo florecimiento de laureles en el mañana de esta tierra prodigiosa, que abonó la Aventura, y fué en todo tiempo vivero fecundo de gestas inmortales.

* * *

En la Segunda Parte del pequeño volumen asistimos también, como al nacimiento de un nuevo sol, al amanecer de nuestra Independencia; están condensados allí los titánicos esfuerzos con que, al calor de la inspiración apostólica de Juan Pablo Duarte, y entre las angustias y los dolores inherentes a todo alumbramiento, los Patricios Trinitarios crearon la Nacionalidad Dominicana; y cómo, en pañales todavía, tuvo que salir al encuentro del haitiano invasor, para ganarle a filo de machete, los derechos de hombría que acababa de proclamar solemnemente "sobre el peñón ilustre del Baluarte".

De en medio a la emoción de esas primeras jornadas libertarias, se levanta la gallarda figura de Pedro Santana, el Hatero formidable, cuya recia personalidad cubre con sus proyecciones la década inicial de nuestra vida de Pueblo Libre. Sobre sus hombros de Atlas mitológico ponderó la enorme responsabilidad de afianzar en base sólida el inestable edificio de la Independencia, que habían planeado y resuelto los Febreristas; y quien, cumplida cabalmente su misión, decapitó luego, por obra de fatalidad terrible, esa misma Nacionalidad que había cimentado su diligen-

cia, para quedar constituido en el problema histórico más apasionante: LIBERTADOR Y PATRICIDA en un solo sujeto, cuya solución están reclamando a voces las urgencias inaplazables de esta Nueva Era, creadora de una nueva conciencia nacional.

* * *

Sería también inútil empeño tratar cualquier tema relacionado con el espléndido resurgimiento actual de la República Dominicana, sin que hubiera de monopolizar nuestro interés la señera personalidad del Generalísimo Presidente Trujillo, que, al conjuro de su enérgico dinamismo, unió pueblos y campos en un estrecho abrazo de caminos; que sembró las ciudades de palacios y los yermos de ciudades, como en los cuentos infantiles, al toque mágico del Genio, se pueblan de maravillas los espacios desiertos. Y cuando los ríos hinchados quisieron oponer a su paso de vencedor la turbia resistencia de su curso, los embridó audazmente, con frenos de grava y de acero, cabalgándolos al fin sobre el dorso metálico de los puentes; y ya vencida su altivez, sacó las aguas de paseo por claras avenidas de canales, donde enantes la tierra estéril se moría de miseria y de sed, soñando acaso con la gloria de floraciones imposibles, y ahora, en fiesta incesante de verdor, luce mantones preciosos de oro pálido del sol aprisionado en las espigas...

De las páginas de mi Libro, que es un canto de admiración y de amor al Santo Domingo de ayer, de hoy y de mañana, se destaca necesariamente la poderosa individualidad de ese artista supremo de la acción que, en la pesada noche de la ignorancia ambiente, encendió luminarias a granel y abrió surcos imborrables de enseñanza en la conciencia de las nuevas generaciones; que, no conforme con

transformar la tierra, acorraló también al mar, domando sus impetus bravíos, y lo ató para siempre a la serena utilidad del puerto; y quien, en achaques de dominicanidad, ha encarnado, a cien años de distancia, el idealismo creador de los Fundadores y la acerada energía de los Paladines guerreros, que supieron conquistar flores de triunfo para los colores eternos de la Bandera Cruzada.

Terminan estas palabras liminares, suplicando la buena voluntad y comprensión del público lector para mis pobres conceptos; pero si alguien, ligero y suspicaz, quisiera ver en ellos propósitos distintos de los aquí externados o influencias ajenas al Autor, he de advertirle, para su edificación, que las páginas siguientes tan sólo son reflejo fiel de las ideas de un hombre "adulto de razón y de conciencia", que se acostumbró a pensar con su propio intelecto, que escribe en castellano con más o menos corrección y elegancia, y ha tenido siempre la entereza de ánimo necesaria para expresar sus juicios, sin temores pueriles a las responsabilidades subsecuentes...

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

PRIMERA PARTE

APOTEOSIS COLOMBINA

*El culto a la memoria de Colón
debe ser el nexa ideológico de
la futura gran Patria Americana.*

El Hado

No habrían de terminar con la muerte las tribulaciones que, a lo largo de su vida, persiguieron al Primer Almirante de la Mar Oceana; el adverso Destino que se complacía en alentar falazmente su desolada esperanza cuando vagaba por las cortes de Europa, ofreciendo un Nuevo Mundo que llevaba en su morral de visionario, no le perdonaría el triunfo rotundo del Descubrimiento, que su fe y su audacia ilimitadas le habían hecho alcanzar; y con saña impiadosa, le arrancó los frutos de su fecundo esfuerzo, lo cargó de cadenas, y lo llevó a morir, abandonado y triste, lejos de las tierras paradisíacas que su titánica voluntad había sacado del fondo de la Mar Tenebrosa.

Cruel e inexorable, el Hado negro de Colón persigue a sus inmediatos sucesores; arroja sobre la memoria del grande hombre las sombras de la Conquistista, y fomenta, en perjuicio de su gloria, el fraude más escandaloso que vieran las edades, permiti-

tiendo que un incoloro cartógrafo italiano prohije con su nombre el Continente que inventó su genio creador.

Y a través de los siglos, implacable, llega hasta nuestros días el Destino adverso del Descubridor, ensañándose en sus cenizas venerandas, como si, en el fatídico designio, le hubiese sido negada por siempre hasta la paz anhelada de las tumbas... ¿Es que no ha de tener fin esa obstinada persecución de la suerte contra el Almirante Viejo?...

La disputa

Después del Cristo, descubridor insigne de los mundos ilimitados del espíritu, dulce Profeta y divino Maestro de amor y de misericordia, Cristóbal Colón es la figura más prominente que registran los anales de la Humanidad; su hazaña portentosa de completar el planeta, le da relieves de grandeza inmortal, y todo asunto relativo a él reviste siempre caracteres de excepcional actualidad. Imaginad pues, la profunda conmoción que se produjo cuando el 10 de Septiembre de 1877 fué inesperadamente anunciado al Mundo que los restos mortales del Descubridor habían sido encontrados en la Catedral de Santo Domingo de Guzmán, Primada de América.

Noticia de por sí tan sensacional, promovió la curiosidad y el interés generales; pero hacía la más apasionante la creencia unánime de que ochentidós años antes, las venerandas cenizas habían sido extraídas de la misma Catedral y, con pompa inusitada, conducidas a Cuba, donde fueron dejadas algún tiempo y posteriormente llevadas a Sevilla, en cuya Iglesia Mayor se guardan todavía.

Y como secuela natural de esa aparente contradicción, en caso de semejante trascendencia, se produjo una enconada polémica internacional en que intervinieron eclesiásticos, diplomáticos, académicos y escritores de todo linaje, cuyos ecos escandalosos han debido repercutir dolorosamente en el espíritu atormentado del Gran Marino que, a lo largo de su vida fecunda, recorrió el amargo camino del Calvario de todos los redentores, y no halló tranquilidad ni aún en el seno augusto de la muerte. Pero a poco, de entre las brumas de la discusión, fué surgiendo esplendorosa la verdad: así se estableció que los restos llevados a La Habana por la marina española, eran de Don Diego Colón, hijo del Descubridor; y en cambio los del preclaro Navegante habían permanecido en su lecho de piedras de la Catedral Primada, desde que fueron traídos de España, hasta que una feliz casualidad los hizo aparecer, en la citada fecha.

Pero la vieja Madre Patria, solidaria con el error de sus marinos y considerando su amor propio nacional comprometido, se acogió al dictamen negativo de su Academia de la Historia, y dió por terminada la disputa, sin admitir a consideración documentos y pruebas de toda especie justificativos del derecho y la razón de nuestra causa. Y así se dió el caso doloroso de que durante setenta largos años hayan oficialmente existido dos restos del Esclarecido Almirante de Indias y Tierra Firme.

La solución

A una distancia de cuatro siglos del enterramiento del Descubridor en la Catedral Primada y en ausencia de escrituras auténticas que prueben de modo



incontrovertible la verdad dominicana, resulta hoy imposible convencer a España con alegatos, aun los más razonables y luminosos, si, en definitiva, ella no quiere ser convencida; y por tanto convendría buscar una solución transaccional que terminara toda discusión, trayendo al fin la paz al conturbado espíritu del Gran Genovés.

Y ninguna solución más apropiada que el traslado a la Española de los restos del Virrey Almirante, mediante donación que de ellos nos hiciera la Madre Patria; y de ese modo, mientras Santo Domingo obtendría un reconocimiento universal de su verdad y de su derecho, España, en vez de litigante perdedora, vendría a ser la nación hidalga que siempre fué para sus hijas de América, a quienes dió su sangre y el genio de la Raza. Por otra parte, ella guarda tanta reliquia auténtica que cada rincón de su territorio es un monumento glorioso, y nada perdería al desprenderse de unos discutidos despojos que sin duda no son los del Almirante Viejo.

La voz de América

Disímiles en religión y cultura, en idioma y en costumbres, el único factor común a todos los pueblos de América, salvo su situación territorial en el mismo Continente, es su principio generador en la hazaña portentosa del Descubrimiento; y para que tenga consistencia esa Gran Patria Americana que soñó Bolívar y auspician en la actualidad eminentes estadistas, en cuya vanguardia va la figura continental de TRUJILLO, el líder dominicano, es preciso darle una vinculación ideológica y ninguna más apropiada que el culto a la memoria del Descubridor.

Una consideración semejante debió sin duda presidir la maravillosa concepción del Faro Monumental que, con el concurso de toda la América, será erigido en la Capital de la Española, hoy Ciudad Trujillo; albergue definitivo para las cenizas del Gran Navegante, esa luminosa idea de mármol y de piedra sería el santuario simbólico donde la conciencia americana vendría a rendir homenajes a su inmortal progenitor.

Y la voz de esa conciencia americana que, paso a paso, va alcanzando su mayoría de edad, es la que debe tocar a las puertas y al corazón de la Madre Patria, reclamando los restos de Don Diego Colón; y no es dudoso que así se obtenga la devolución de esas cenizas, como aporte espiritual a la construcción del Gran Faro Colombino, de la España legendaria, coautora en la aventura sin par del Descubrimiento.

La Apoteosis

Y entonces, efectivamente vencido el Hado adverso de Colón y rectificadas la Historia, la Gran Patria Americana habría triunfado espléndidamente, y una interminable sucesión de honores al Descubridor se iniciaría con el traslado de los restos del Segundo Almirante a la Ciudad Primada. A tal efecto, Su Excelencia el Duque de Veragua, heredero directo de los Colones, sería nombrado "Almirante de América", para presidir el cortejo de personalidades y de buques de todas partes del mundo, pues no es dudoso que los países y las flotas del Universo quieran honrarse enviando sus representaciones en tan espléndido homenaje al más grande marino de todos los tiempos.



Y a recibir merecida veneración junto a los de su ilustre Padre en la tumba luminosa del Gran Faro, los mortales despojos del Virrey Almirante retornarían a la Española, a través de los mares procelosos, cuyo misterioso poder fué impotente un día ante la audacia incontenible de su violador, escenario propicio ahora de una Apoteosis Colombina, digna por su grandeza, de la gesta inmortal del Descubrimiento.

Año 1939

SANTO DOMINGO ALTAR DE AMERICA

Yo no aprendí a leer el porvenir que, en el libro azul del firmamento, escrito está con caracteres luminosos de constelaciones, de cometas y de soles; ni profundicé en la oculta ciencia mágica de Miguel de Nostradamus, cuya clarividencia genial narró la historia de nuestro tiempo, desde una distancia de cuatro siglos...; no he logrado escuchar la impresionante voz de la Sibila, ni sorprender el misterio de los oráculos; como los augures romanos, no interrogué al futuro en las entrañas palpitantes de los pájaros sagrados, ni, en la tortura de mi incomprensión, he sabido interpretar aún la sonrisa inquietante de la Esfinge; como los profetas bíblicos, tampoco yo me siento inspirado por el espíritu de Dios, y sin embargo, señores, voy esta noche a lanzar una profecía: "América, nuestro Continente Colombino, se salvará de la pavorosa conflagración que está asolando al Viejo Mundo"...

Pero aún cuando se cumpliera mi predicción, yo no reclamaría méritos adivinatorios porque es la Lógica quien me ha conducido, por extraños caminos de razonamiento, a esa consoladora conclusión. En efecto, a medida que se extiende el campo visual de la capacidad humana, se va encontrando el fundamento científico de los misterios que asombraron en principio a la ignorancia, y se despierta una admiración, cada vez más creciente, por esa fuerza



todopoderosa que creó el Universo y rige la vida en todas sus manifestaciones, tan sabiamente, tan armónicamente, en su complicado y milagroso mecanismo, como la más elemental maquinaria moderna que funcionara indefinidamente por los siglos de los siglos... Y ya sea que, por la escala del microscopio, querráis descender al plano sutil de los organismos infinitamente pequeños, o que, en alas de la imaginación, pretendáis seguir, en su vuelo fantástico, a esas interminables teorías de mundos que van por los espacios, como una procesión de monstruos de luz domesticados, trillando fatalmente las rutas eternas que les trazó la omnipotente voluntad creadora; o ya que detengáis vuestro deleite contemplando la maravilla de maravillas que es el cuerpo humano, o que intentéis penetrar en el laboratorio múltiple de la Naturaleza, donde se transforma incesantemente la materia, y se origina la belleza y se perpetúa la vida, por doquiera hallaréis una organización tan perfecta, una tan asombrosa coordinación de movimientos, una tan inteligente relación entre todos los seres, desde el átomo hasta el astro, que resulta imposible concebir que en ese concierto de perfecciones se dé una nota falsa,, o se gaste un esfuerzo inútilmente en medio a tal conjunto incomparable de eficiencias.

Durante centurias incontables, Dios, la Providencia, el Destino, como querráis llamar al Genio que inventó el Universo y lo gobierna, ocultó celosamente nuestras tierras y nuestras aguas a la codicia y a la crueldad de la civilización occidental; ese mar convulso, poblado de tormentas y de espantos, que, encerrando el secreto de lo desconocido, se prolongaba hacia el Oeste infinito, era un valladar infranqueable a la audaz temeridad de los navegantes; y



sólo cuando plugo a esa misma Divinidad "entregar a Colón las llaves de los atamentos del Océano", sólo entonces pudo brillar en la ya larga noche de la Edad Media, la aurora anunciatrix del Descubrimiento

Fué el 12 de Octubre de 1492, cuando el Gran Almirante, después de haber develado el sombrío misterio del piélago tenebroso, despertó de su "borrachera de estrellas" frente a sus sueños ardientes convertidos en islas de ilusión... ¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces?... En relación con la vida de las Naciones, apenas si es un soplo fugaz la extensión de la vida humana; para ellas el tiempo no se cuenta por años, sino por centurias, por milenios, como las distancias interplanetarias son tan inverosímiles que se miden por años de luz; luego, no se han cumplido aún cuatro y media centurias del nacimiento de América; y si descontamos el tiempo que se necesitó para masacrar a los vividores indígenas de estas tierras de promisión, a fin de que el dolor inenarrable de su martirio pudiera concurrir, con lineamientos definidos, en la formación espiritual del hombre nuevo de América, tendremos que convenir en que el Continente Colombino está todavía en los albores de la juventud.

Y yo pregunto: ¿puede alguien imaginar que la Providencia se cuidara de plantar una nueva humanidad en este Nuevo Mundo, para permitir ahora su destrucción, antes de realizar los altos fines a que, en sus designios inexcrutables, lo hubiese destinado? Porque esa guerra total que está asolando al Viejo Continente y, como un reguero de pólvora, amenaza incendiar todo el planeta, es la desolación y la ruina; vencedoras o vencidas, las Naciones azotadas por este flagelo devastador quedarán al fin como

si hubiese soplado sobre ellas un fatídico viento de muerte.

Todas las viejas concepciones del pensamiento humano sobre la guerra han fracasado estrepitosamente, en medio al estruendo formidable de esa polifacética maquinaria motorizada que, ya es mastodonte prehistórico y se lanza por los caminos arrasándolo todo, como una furia incontenible, vomitando fuego a su redor; o bien es un escualo taimado que acecha, en las profundidades oceánicas, el paso distraído de su presa, para hacerla estallar como un cohete; o ya por el contrario, es un pájaro gigante que remonta el vuelo y desde las alturas lanza torrencial lluvia de metralla sobre el pavor impotente de los pueblos...

Ante el relato impresionante de esas inverosímiles batallas aéreas, sobre nubes oscurecidas por la trágica humareda de los incendios, se cree que asistimos al horrísono chocar de los alados ejércitos celestes, cuyos brillantes escuadrones de ángeles buenos y ángeles malos vió desfilar por las cósmicas llanuras del espacio, la inspiración luminosa de Milton —ya que no podía verlos con sus pupilas apagadas de ciego— para dejarnos en el "Paraíso Perdido" un monumento enorme de poesía...

Esta guerra sin precedentes en la historia del mundo alcanza por igual a los soldados en el campo de batalla, como a los ancianos, a las mujeres y a los niños en los refugios subterráneos; y si por azar de la suerte consiguieran salvarse de las balas, sería tan sólo para caer al fin con el sistema nervioso destrozado por el pánico o extrangulados inexorablemente por el hambre... Este bombardeo sistemático sobre objetivos militares igual que sobre ciudades abiertas, con sus habitantes, con sus riquezas, con sus

museos, con sus hospitales, con sus templos sólomente dejará piedras calcinadas de una orgullosa civilización que fué... y, cuando cese el estruendo ensordecedor de la vorágine, por encima de la desolación infinita de las ruinas, acaso sea claramente audible la voz de pesadilla que, en su retiro de la Isla de Patmos, atormentó los sueños del autor del Apocalipsis.

Por eso yo imagino que nuestra joven América no será sometida esta vez a la tortura satánica de esa guerra total, que es la muerte; la lógica, por el contrario, me hace suponer que el Continente Colombino vivirá mucho tiempo, porque tiene una elevada misión que cumplir: así como, por mandato de Dios, construyó Noé un Arca, donde se salvaron del Diluvio Universal las especies vivientes, yo creo que nuestra América, será el Arca de la Nueva Alianza que conservará la vida de la presente generación en el diluvio de fuego que está azotando al mundo.

* * *

Y, ya en trance adivinatorio, no ha de asustarme una predicción más; como consecuencia natural de la que he formulado, lanzaré una nueva Profecía: "sí, según yo espero, América ha de ser el Arca de este nuevo diluvio, nuestra República Dominicana será el Tabernáculo espiritual del Continente Colombino"... y voy a demostrar mi pensamiento.

¿Fue durante el cataclismo milenar que produjo el hundimiento de la Atlántida? ¿o fue acaso en otra de las tremendas convulsiones que sufrió el terráqueo globo, a causa de su enfriamiento interior, en el alba de la humanidad? Quizás sí fue en la época de "los grandes vientos y de los espantosos te-

rremotos", cuyo recuerdo, como un fantasma terrífico salido de la prehistoria mejicana, vagaba aún en la conciencia de los pobladores del valle del Anáhuac, al tiempo de la conquista...; lo cierto es que en un remoto sacudimiento telúrico de proporciones gigantescas, se desgarró la entraña del Continente, como en un alumbramiento maravilloso, y echaron a volar las Islas... que se posaron luego majestuosamente sobre el mar, semejante a una bandada de multiformes pájaros marinos... y allí quedaron, centinelas avanzados, en espera de la Aventura que, sin rumbo y sin meta, surcaría luego el desierto infinito de las aguas, en alas de las flebes carabelas colombinas, como una interrogación enorme lanzada entre el cielo y el mar, en demanda de lo desconocido... Y los oasis paradisíacos de las Islas americanas, aparecerían al fin, a manera de "cestos floridos", como una elocuente respuesta de lujurante verdor dibujaba en azul, con que la Providencia saludaba a los argonautas atrevidos que venían de violar el misterio de la Mar Oceana...

Soberana entre las Islas, como si la envolviera un embrujo singular, La Española se robó desde el principio la voluntad y el corazón del Descubridor; y fué asiento de la cruzada conquistadora, de donde habían de partir los esforzados paladines que, cual rachas de heroísmo incontrolable, fueron por las vírgenes rutas del Hemisferio, regando, a golpes de valor y de audacia, el progreso y el fanatismo de la civilización cristiana; y resultó evidente desde entonces que nuestra Isla tenía un destacado designio que cumplir en esta empresa americana que la Providencia estaba plasmando, sin duda para que sirviera de refugio a la humanidad en el porvenir.



Decídmeme si no ¿qué ambiente de audacias es el que sopla entre las frondas de la Española? ¿qué filtro tesaliano de épicas hazañas es el que se destila de nuestras fuentes, que así transforma a infelices y vagabundos en brillantes adalides de homéricas gestas de leyenda? ¿qué aliento de gloria es el que se respira por doquier, como si las tierras y las aguas y los vientos fuesen fraguas de heroísmo donde se templaran los acerados caracteres de los Grandes Capitanes de la Conquista? Ved a aquel gallardo mozo, de airoso talante, bravo de oficio, "tahur, analfabeto, bastardo", que va rumiando distraídamente sus sueños de grandeza por las calles bulliciosas de la Ciudad Primada; ¿no lo adivináis? Es Don Francisco de Pizarro, que, armado caballero de la Aventura, irá luego a sentarse, como Virrey del Perú, en el trono de oro de los Incas, aureolado con la púrpura sangrienta de sus hazañas. ¿Y ese otro, mal Poeta, oscuro chupatintas, que lleva cinco años prisionero de su propia insignificancia, como Escribano en el Ayuntamiento de Compostela de Azua? ¡asombraos! es Don Hernando de Cortés, futuro Marqués del Valle de Oaxaca, que, temerariamente audaz, quema sus naves en la ribera mejicana, vence luego a Pánfilo de Narváez y sólo con un puñado de valientes, conquista y coloniza el imperio de Moctezuma, cuya población era la más civilizada y la más numerosa del Nuevo Mundo... ¿Y aquel otro pobre diablo, vividor de Salvatierra de la Sabana, que, acosado por Alguaciles y acreedores, logra embarcarse clandestinamente? es nada menos que Vasco Núñez de Balboa, "el alma blanca de la Conquista", que, entre penalidades infinitas, atravesará el Darién, e irá luego a hoyar, con su atrevida planta, las playas vírgenes del Océano Pacífico, para caer final-

mente sacrificado a la codicia asesina de Caín Pedrarias Dávila...

Y Diego de Velázquez y Alonso de Ojeda y Ponce de León y Juan de Esquivel y Diego de Nicuesa, y Grijalva y Ercilla y Almagro y Solís y toda la brillante constelación de los Caballeros de la Gloria, pasó por la Española a recibir el espaldarazo clásico que los habilitaría como campeones en la Epopeya de la Conquista...

¿No os parece asistir a la realización de un milagro colectivo semejante al que se operó entre los pobres pescadores de Galilea que, desde las orillas del lago de Genezaret, seguían la huella luminosa del Divino Maestro? De rudos e ignorantes campesinos, los apóstoles, al ser tocados por la gracia de Dios, se transforman en sabios Doctores de la Nueva Iglesia, cuya doctrina de redención van a predicar entre los gentiles, en todos los idiomas conocidos, hasta a los más apartados confines del mundo antiguo.

Así, en La Española de aquel tiempo hay un florecimiento maravilloso de heroísmos que alcanza hasta a la misma raza indígena, manso cordero destinado al sacrificio, que, en su impotencia, consigue morir con dignidad; ved a Caonabo, el intrépido Cacique traicionado, que se ahoga de soberbia, como una fiera enjaulada, antes que servir de ludibrio a la novelera curiosidad del Viejo Continente; y Guaroa, el joven nitaino de Jaragua que, vencido en singular combate con Diego de Velázquez, y desarmado por la pericia en la esgrima del Capitán español, a la voz de "¡ríndete!" contesta con una terrible puñalada sobre su propio corazón, escupiendo al caer un lema para el escudo espiritual de América: "Primero muerto que esclavo".. Y aquel Hatuey

famoso que, acorralado en las costas noroestanas por los españoles y sus perros de presa, se lanza al mar en frágil canoa y se va a Cuba, hasta donde lo persigue la saña impiadosa de los Conquistadores; allí cae prisionero y, condenado a la hoguera, se ríe olímpicamente del fraile que le ofrece la salvación eterna, a través de la confesión cristiana; "¿no es ese, dice en una tremenda imprecación a la justicia divina, no es ese acaso el cielo a donde van al morir los españoles?... ¡el infierno será mi Paraíso si allí no está ese atajo de chacales!..." Y detened por último vuestra emocionada admiración sobre Enriquillo, el egregio Cacique del Bahoruco y de Boyá, cuya entereza, obligando a Carlos V, el Rey Emperador, a tratarlo de igual a igual, conquistó para su raza moribunda el derecho a vivir libre o a morir sin ignominia; sobre el eterno pedestal de sus montañas dejó plantada la bandera de Precursor que, de uno a otro confín del suelo americano, había de pasear luego triunfalmente la pléyade inmortal de los Libertadores...

Es la predestinación de La Española dictar normas de toda especie a esa América, de contornos aún borrosos, como la inspiración naciente de un artista: se funda aquí la primera ciudad, se canta la primera misa y estalla la primera rebelión encabezada por Francisco Roldán; se instala la primera Audiencia para la mejor administración de Justicia, funciona el oprobio del primer Tribunal del Santo Oficio y se consuma la más escandalosa de las injusticias, cargando de cadenas al Almirante Descubridor. Y, mientras el leguleyo Licenciado Las Casas se transforma en Fray Bartolomé, el Santo de los Indios, desde la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino se expande la sabiduría de la época



por los ámbitos del Continente, conquistando para la Ciudad Primada el título honorífico de ATENAS DEL NUEVO MUNDO...

Derrochada así su vitalidad en tanta empresa temeraria y fecunda, vino luego la decadencia para La Española como si, astro decadente cansado de alumbrar los heroicos horrores de la Conquista, fuese ya en rápido descenso hacia el Ocaso: el fraccionamiento de su territorio, a manos de bucaneros y piratas, y las grandes guerras recíprocas que fueron su consecuencia, ocasionaron una incesante hemorragia interna que gastaba toda la energía creadora de la Isla; y vinieron además, los dolorosos eclipses de la soberanía, las Guerras de la Independencia y de la Restauración y las interminables luchas intestinas que alcanzaron hasta nuestra época: viacrucis doliente donde se confunden sombras pavorosas con claridades de sol, y que deben ser considerados tan sólo como accidentes necesarios en la formación de la fisonomía espiritual de las Naciones; pero aún ya en su doloroso atardecer tuvo alientos la Vieja Española para una gesta más de americanismo auténtico, y, en un póstumo alumbramiento de gloria, parió a Máximo Gómez para que fuese a libertar a Cuba: guerrillero audaz, irresistible en la carga, emula a Páez, el centauro inmortal de "Las Queseras"; estratega famoso, se codea con Sucre; y es tan grande en el desinterés como José de San Martín, el Santo de la Espada: compendio de los valores esenciales de la nueva raza, el Generalísimo Máximo Gómez, cierra el paso triunfal de los Libertadores Americanos...

* * *



El descubrimiento casual de los restos de Colón en la Catedral Primada de América el 10 de Septiembre de 1877 constituye una evidencia de la predestinación de nuestra Isla en este bien llamado Continente de la esperanza. En efecto, ya que la adversidad de la suerte no lo dejó exhalar aquí su último suspiro, el Descubridor dispuso por testamento solemne que su cuerpo mortal fuese traído a unirse con su alma en este Paraíso de La Española.

Próximo a morir, abandonado y triste, doliente sombra trágica de su propia grandeza, el Gran Marino desde playas de la Península, oteaba ansiosamente la inquieta y desolada inmensidad del Océano que fué un día soberbio escenario de sus hazañas, cuyo alcance no tuvo la dicha de medir: felizmente murió también ignorando que ese Nuevo Mundo que dejaba a la posteridad, ni siquiera llevaría su nombre esclarecido. Y sus conturbados pensamientos volaban sin cesar, como pájaros cansados, hacia esta Isla encantadora, tierra predilecta de sus amores; y ya que en vida no podía volver a ella, fué su última voluntad expresa que le trajeran a descansar, en medio de los valles exuberantes y floridos de la Concepción de La Vega Real, que cantó su inspiración ardiente de Poeta-visionario, y describió magistralmente la pluma elegante y sapientísima del Padre Las Casas; aquí anhelaba reposar para siempre, él que nunca tuvo quietud, eternamente acariciado por las brisas perfumadas que bajan de las movibles alturas circundantes, desde cuyas crestas el varillaje sonoro de los pinares enhiestos abanica gentilmente a la odalisca lujuriente de la llanura. .

Y algún tiempo después de haberse desvanecido, "como una sombra de su propia gloria", en la soledad de la humana ingratitud, vinieron tiempos me-

jores para la justicia colombina; y los sucesores de sus penalidades y de sus grandezas habilitaron el Presbiterio de la recién construída Catedral para bóveda mortuoria, en cuyo helado fondo los representativos de tres generaciones de la familia: Don Cristóbal, el Descubridor, Don Diego, su hijo, Virrey Almirante y el nieto Don Luis, primer Duque de Veragua, se juntaron para dormir el sueño eterno de la tumba...

¿Dormir?... ¿No véis cómo los Hados que, con saña implacable los persiguieron en vida, remueven ahora sus cenizas y les niegan hasta la paz de los sepulcros?... ~~Por uno de sus juramentos de guerra de la dimisión que dio a la tumba en su honor, por los juramentos contra las Negritudes, España, desconociendo~~ inconsultamente a Francia sus derechos sobre nuestra Colonia; pero queriendo conservar una reliquia gloriosa de su grandeza, que se estaba esfumando como un girón de niebla al soplo cálido del auro matinal, dispuso el traslado a Cuba de los restos del preclaro navegante del Océano; se diría que la crueldad del Destino trataba de imponer a sus pobres despojos esa movilidad impresionante, esa inquietud viajera del Descubridor, que le obligó a inventar nuevas aguas y nuevas tierras y nuevas rutas para su inestabilidad perpetua de judío errante de los mares.

Temeroso de una profanación, ante la amenaza de una invasión de piratas y de herejes, el Cabildo de la Catedral había borrado las señales distintivas que superficialmente cubrían las sucesivas tumbas de los Colones; y cuando, siglos después, las autoridades españolas hoyaron a la derecha del Altar Mayor donde, según documentos antiguos, estaba enterrado el Esclarecido Genovés, se llevaron con

Ya por aquel tiempo
 España había pasado

pompa inusitada "los restos de un difunto que de allí extrajeron"; pero esos no eran los del Descubridor, sino los de su hijo Don Diego, según se comprobó posteriormente, y lo evidenció de un modo definitivo el hallazgo providencial de 1877, en una bóveda contigua, de los auténticos despojos del Almirante Viejo. Y ahí también, como en todos los accidentes de esta empresa americana, se descubre la influencia del Destino, actuando decididamente a un fin determinado; la fuerza que impidió, con sus brumas de misterio, el Descubrimiento de América, hasta que, según la sentencia bíblica, hubiese llegado su hora, es la misma fuerza que produjo la confusión entre las bóvedas colombinas y frustró el designio de los hombres, porque el designio de la Providencia era que las cenizas del Almirante se quedaran aquí, en el ALTAR DEL CONTINENTE, para que todas las Naciones Americanas hubiesen de venir a rendirle perenne tributo de veneración a su memoria.

Y no creáis que, al calor de la inspiración estoy ahora improvisando conceptos en abono de una afirmación propuesta; no, señores, mi creencia nace de viejas ideas que han madurado en mi convicción, y, en prueba de ello, voy a citar párrafos de un trabajo escrito hace más de dos años:

"Disímiles en religión y cultura, en idioma y en costumbres, el único factor común a todos los pueblos de América, salvo su situación territorial en el mismo Continente, es su principio generador en la hazaña portentosa del Descubrimiento; y para que tenga consistencia esa Gran Patria Americana que soñó Bolívar y auspician en la actualidad eminentes estadistas, en cuya vanguardia va la figura continental de TRUJILLO, el líder dominicano, es pre-

ciso darle una vinculación ideológica y ninguna más apropiada que el culto a la memoria del Descubridor.

"Una consideración semejante debió sin duda presidir la maravillosa concepción del Faro Monumental que, con el concurso de toda la América, será erigido en la Capital de la Española, hoy Ciudad Trujillo; albergue definitivo para las cenizas del Gran Navegante, esa luminosa idea de mármol y de piedra sería el santuario simbólico donde la conciencia americana vendría a rendir homenajes a su inmortal progenitor".

* * *

Es una axioma científico que la Naturaleza sólo confía a un órgano la función que es capaz de realizar; y en el orden espiritual es lo mismo; la Providencia no impondría a La Española un encargo de tanta envergadura sin darle al mismo tiempo la voluntad y los medios de ejecutarlo; y las realizaciones asombrosas del pasado, nos auguran las posibilidades del porvenir.

El advenimiento al poder en el año 1930 del General Rafael Leonidas Trujillo Molina fué para la Patria un acontecimiento de proporciones insospechadas, porque la pobre limitación de la humana capacidad no sabe interpretar el presente hasta que no se escribe en los anales del pasado. Este joven maestro de su propia escuela de energía frenó, con mano firme, la juvenil impulsividad del pueblo dominicano, que estaba lamentablemente derrochando su patrimonio en francachelas de sangre y despilfarro; lo obligó a sentar cabeza; le restituyó la confianza en sí mismo que el doloroso calvario de

locuras le había hecho perder; y lo orientó por amplias rutas de organización y de progreso hacia la realización de sus destinos. Hoy, a once años apenas de aquella efemérides memorable, la República Dominicana, bajo la fecunda inspiración del que ha sido justamente llamado su Benefactor, está dando notaciones ciertas de capacidad para continuar en el puesto de honor que la Providencia señalara a La Española en la organización de este Nuevo Mundo.

Cuando los plenipotenciarios dominicanos abogan en las conferencias continentales por la creación de un super-organismo, o algo semejante a una Federación de Naciones del Continente Colombino, están marcando derroteros a la conciencia americana, cuya consigna en esta hora de pruebas, no puede ser otra, que el alineamiento bajo una sola bandera, frente a las eventualidades del porvenir. Y la voz dominicana que, en la conferencia de Evián ofreció nuestra tierra como Patria, a los que no tienen ninguna, sin distinción de credo ni de raza, es la antigua voz de La Española, que está otra vez dictando normas a la América; porque, temprano o tarde, las naciones todas del Continente comprenderán que ellas tienen el deber indeclinable de amparar a los desheredados del mundo...

Naturalmente que cada tiempo trae sus propias modalidades; entre los primeros colonizadores venían licenciados de presidio a quienes se conmutaban las penas a cambio de alistarse en la fantástica expedición del iluminado vidente que completó el terráqueo globo; estafadores y vagabundos de toda calaña, sedicentes soldados de fortuna, sin más Dios ni más Ley que su propio interés; y uno que otro hidalgo, segundón arruinado, que venía a ganar, a cualquier costa, los doblones y la gloria con que lus-

trar la decadencia de sus blasones. Y con ese tan pobre material generador, barajado en el crisol de América, con el doliente idealismo de la raza indígena y con la pasividad resistente del esclavo africano, se estructuró esta nueva raza americana que asombró al mundo con sus realizaciones estupendas, en todos los órdenes de la actividad humana. Ahora, en cambio, son intelectuales, consagrados cultores de las ciencias y de las artes, Licenciados en las Universidades, Profesores y políticos distinguidos los argonautas a quienes el cataclismo guerrero lanza a nuestras playas, como aves asustadas, salidas de la tormenta; y yo sospecho que cuando vuelva la serenidad a esos nuevos aventureros y echen raíces en nuestro medio, vendrá para la República un florecimiento espiritual, comparativamente superior al de los tiempos de la Conquista.

De semejante manera, no salen de nuestros puertos, como antaño, cargados los navíos de Quijotes aventureros o de bandidos heroicos que, iban a la conquista de la gloria, espoleados por la ambición del oro sangriento que se criaba en las vírgenes tierras de promisión; por el contrario, llevan ahora las naos repletos los vientres de nuestros excedentes alimenticios, para cubrir necesidades vitales de las vecinas poblaciones; y por ese camino acaso estemos en los albores de una nueva Cruzada, para la cual hubiera venido entrenando al pueblo dominicano la previsión genial del Generalísimo, desde cuando afirmó con su palabra y con su acción que "gobernar es alimentar", y sigue multiplicando, bajo el lema de "Cultivo y Cultura", sus admirables realizaciones de estadista.

Y hay un indicio más de que a nuestra tierra está llegando a pasos de gigante, una nueva era de



prosperidad... ¿Conocéis la "Leyenda del Oro?... Es un hecho establecido desde el principio de las edades que los tesoros ocultos están celosamente custodiados por los espíritus de los que en vida fueron sus orgullosos poseedores; ningún abuelo que se respete se atrevería a ponerlo en duda ante la fe inexpugnable de su auditorio infantil; y si preguntáis a algún niño enterado o a cualquier ignorante campesino, os darán detalles curiosísimos; así os contarán cómo hay que congraciarse con los muertos por medio de buenas intenciones, de conjuros y de cruces, para poder sacar las botijuelas; cómo existen poderosísimos genios tutelares de los pueblos y de las razas, que, al mando de una legión de fantasmas y de trasgos, guardan las riquezas colectivas, y, cancerberos clarividentes, sólo dan acceso a ellas, a los que vienen a cumplir un designio providencial. Así, el espíritu de la raza indígena, que es algo semejante al ángel guardián de la América autóctona, vela sin cesar sobre el tesoro incalculable de los Hijos del Sol, cuyo escondite no quiso revelar a Pizarro, ni aún entre las candentes torturas del martirio, el cándido Atahualpa, último espléndido retoño de la imperial familia de los Incas; y, al cuidado de ese genio tutelar, ocultas quedaron también en el fondo del lago de Texcoco, las riquezas fabulosas de los Aztecas, lanzadas en su huída por Guatemoc, el caballeroso rey galante que, destruido ya su imperio, y hecho prisionero junto con su Corte por el Teniente García de Holguín, le pide como única gracia "que se guarde a la Reyna y a sus damas de honor el respeto debido a su sexo y condición"; y por último, el celo vigilante del espíritu indígena de América, monta guardia perenne sobre las minas de oro de la Española... Dice la Leyenda que, en tiempos de la

Conquista se hallaba aquí el oro a flor de tierra, y bajaba en grandes bloques, desde la lejanía de las montañas, arrastrado por el agua complaciente de los ríos, para que los colonizadores pudiesen recogerlo fácilmente en las playas de la llanura; y ello así porque, como la Providencia estaba interesada en la ejecución de la empresa americana, el genio guardián de los tesoros ofrecía el oro virgen de sus minas, como un acicate a la ambiciosa energía de los aventureros del Viejo Mundo: treta semejante a la empleada por la Naturaleza que puso el instinto genésico entre todas las especies de seres vivientes, para que la pesadumbre infinita de la vida, se prolongara interminablemente, hasta la consumación de los siglos...

Más, apenas terminó el ciclo heroico de la Conquista, el espíritu protector de La Española, ocultó otra vez sus minas en el interior de las montañas; y desde entonces solamente las aguas de uno que otro río han seguido arrastrando, envuelto en sus arenas, un leve polvillo de oro, como sarcástica evidencia de que allí, al amparo de ambiciones ajenas y de propios despilfarros, están guardadas riquezas incontables, hasta que, termina la Leyenda, el genio de América, en cumplimiento de un designio providencial, las saque otra vez a la superficie para ser empleadas en alguna empresa fecunda, semejante a la de la Conquista... Y ya sabéis, lo afirma nuestro gran diario "La Nación", de ayer, que más de seis mil hombres y mujeres y niños están encontrando el oro, con sólo arañar la tierra, por los campos orientales de la Provincia del Seibo.

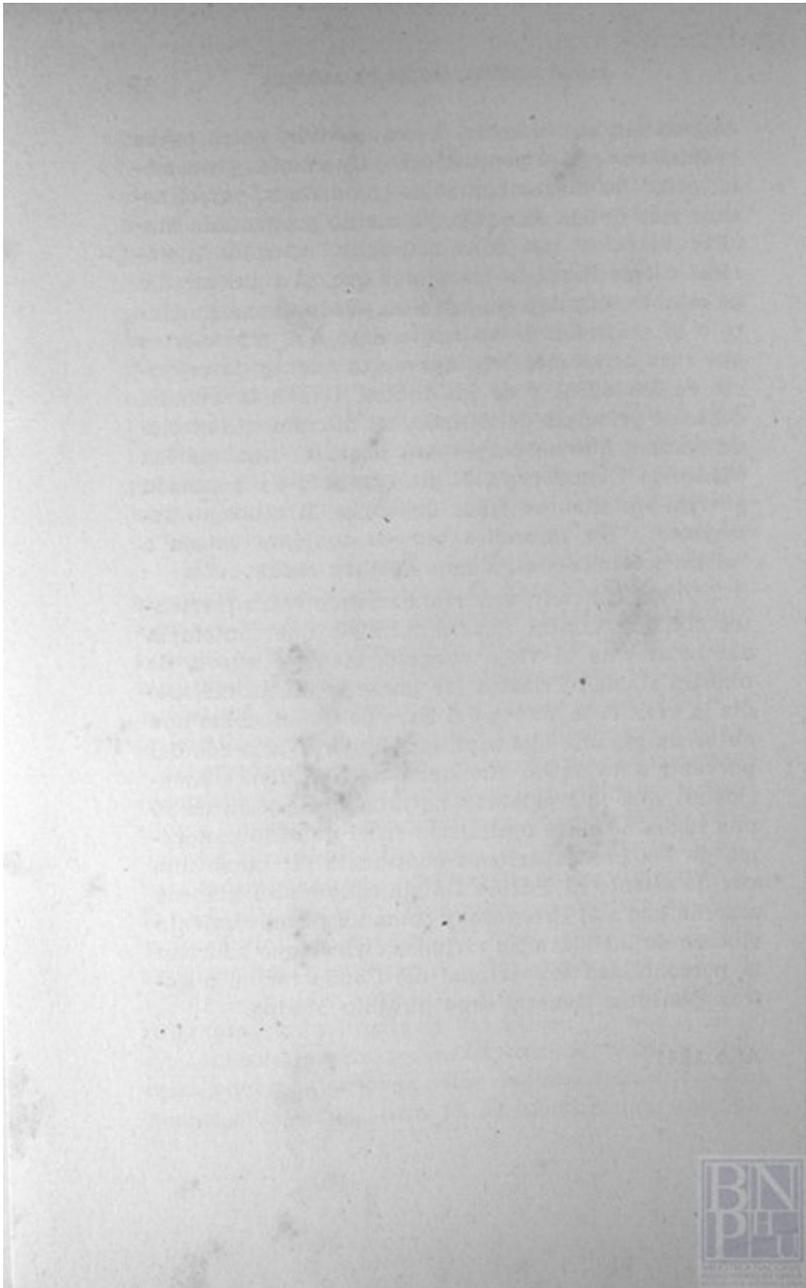
Acaso, y sin acaso, la mayoría de vosotros sonreirá poniendo en duda estos cuentos fantásticos de genios milagrosos; pero yo os aseguro que, ante el

enigma sin solución del humano vivir, entre cuyas brumas navega el pensamiento, sin rumbo y sin meta, como las ciegas carabelas colombinas, por el oscuro mar de los Atlantes, yo me he preguntado muchas veces si las convencionales verdades históricas o científicas de los sabios que, al siguiente día de establecidas deja en falso un nuevo descubrimiento o la aparición de un nuevo dato, son más ciertas que esas otras mentiras aparentes que, en la creencia de los niños y de los tontos, tienen levantado, desde el principio del Mundo, un monumento eterno de verdad, que se perpetuará hasta el final de las edades. . . Clemenceau, el gran francés de la pasada guerra, sintetizó en frase lapidaria un concepto semejante: "les imbeciles ont eu toujours raison": "al fin los imbéciles, siempre tienen razón. . ."

Voy a concluir, señores, haciendo votos fervientes por que, contra el azul del cielo que contempla amorosamente el viejo encanto, siempre nuevo, de nuestra Ciudad Primada, se proyecte en un cercano día la gran cruz blanca del Faro de Colón, como una antorcha gigante que aspire a alumbrar la senda del porvenir a todas las Naciones del Continente Americano; que mis palabras de esta noche sean como una racha de claro optimismo en el nublado panorama de las preocupaciones continentales; como una voz de aliento al Pueblo Dominicano en su afanosa marcha hacia el Progreso, y como un reconocimiento sincero de las elevadas virtudes cívicas que adornan la personalidad excepcional del Conductor de nuestros destinos, Generalísimo Trujillo Molina.

Año 1941





LA UNIDAD DEL CONTINENTE AMERICANO

El Profeta

Simón Bolívar, el Libertador, es el espécimen de hombre más notable nutrido con la savia virgen de nuestra fecunda tierra americana; para hablar de él con propiedad José Martí quiere "usar una montaña por tribuna, a compás de relámpagos y rayos"; y lo imagina "sentado aún en la roca de crear, con un manojo de pueblos libres en el puño, la tiranía descabezada y el haz de banderas a los pies"... José Enrique Rodó supone que "toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el color escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en esa vida individual y esa conciencia única". Su protéica personalidad señoreó todas las cumbres de la comprensión humana; y encarnando al genio que preside los destinos de la América autóctona, dejó a su paso una maravillosa germinación de Naciones en la vasta extensión del Continente Sur.

Y, después de una lucha de veinte años, "cruza por segunda vez las gargantas de los Andes a la altura del Cóndor"; y apenas coronada su empresa gigantesca en Ayacucho "donde catorce generales de España le entregan, al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa



propiedad que Colón pusiera trescientos años antes, en manos de Isabel y de Fernando”, Bolívar quiere ir a “acordar y presidir la armonía perenne de su obra en la asamblea anfictiónica de Panamá”. “En los días de la plenitud de su gloria—sigue diciendo Rodó—, compartía la actividad de su pensamiento la manera de realizar su vieja aspiración de unir, en firme lazo federal, los nuevos pueblos de América, desde el Golfo de México hasta el estrecho de Magallanes. No concurre en el Libertador merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la Independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispano-americanos, y la inquebrantable fe con que aspiró a dejar consagrada su unidad ideal por una unidad política. Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento; y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada a los términos de Venezuela ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vió en la entera extensión del Continente el teatro indivisible de la Revolución, nunca creyó tampoco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales. La América emancipada se representó, desde el primer momento, a su espíritu, como una indispluble confederación de pueblos: no en el vago sentido de una amistosa concordia o de una alianza dirigida a sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase a común conciencia política las autonomías que determinaban la estructura de los disueltos virreinos. En el Istmo de Panamá, donde las dos mitades de América se enlazan y los dos océanos se acercan, creía ver la situación pre-

destinada de la asamblea federal en que la nueva anfictionía erigiese su tribuna, como la anfictionía de Atenas en el Istmo de Corinto. Desde que, ocupando a Caracas después de la campaña de 1813, gobierna por primera vez en nombre de América, asoma ya en su política esta idea de la unidad continental que ha de constituir el supremo galardón a que aspire cuando vencedor y árbitro de un mundo. La realidad inmediata negóse a acoger su sueño; mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y las desconfianzas de pueblo a pueblo, ya fundadas en una relativa oposición de intereses, ya en el mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el gran pensamiento, que aún hoy se dilata más allá del horizonte visible; y ni siquiera la unidad parcial de Colombia alcanzó a subsistir. ¿Qué importa? La visión genial no dejaba de anticipar por éllo la convergencia necesaria, aunque haya de ser difícil y morosa, de los destinos de estos pueblos: la realidad triunfal e ineluctable de un porvenir que, cuanto más remoto se imagine, tanto más acreditará la intuición profética de la mirada que llegó hasta él. En lo formal y orgánico, la unidad intentada por Bolívar no será nunca más que un recuerdo histórico; pero debajo de esta corteza temporal está la virtud perenne de la idea... Con más o menos dilatación, en una u otra forma, un lazo político unirá un día a los pueblos de la América nuestra, y ese día será el pensamiento del Libertador el que haya resurgido y triunfado, y será su nombre el que merecerá, antes que otro alguno, cifrar la gloria de tan alta ocasión"...

Perdonad, Señores, que para valorizar esta introducción a mi escrito, haya usado una página entera de Rodó, porque sus conceptos son tan precisos, tan luminosos, tan ajustados al desarrollo del tema y expresados de un modo tan magistral, que en vano hubiera fatigado yo la torpeza de mi inventiva por imitar esa suma perfección. Además, para la elevación de ciertos asuntos se requiere un léxico especial; oid aún como se expresa del Libertador, el inflamado verbo de Martí: "Hombre fué aquel en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas y lo era. Ama y lo que dice es como un florón de fuego... Escribe y es como cuando de lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta y es bruma y lóbreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes era él, ancho en la base con las raíces en las del mundo y por la cumbre enhiesto y afilado como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando con el sable de puño de oro en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el Dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. Su gloria lo circunda, lo inflama y arrebata. Vencer, ¿no es el sello de la divinidad? ¿Vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la Naturaleza? ¿No desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad, y tiene a sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una

de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana?..."

Creedme, Señores, para hablar dignamente de Bolívar que pasa "con los tres siglos de dominación española atados a la cola de su potro llanero", después de haber sembrado de banderas nuevas la vasta extensión del Continente Sur, se requiere el discurso vibrante del Apóstol cubano o la serena prosa musical y profunda, como la eterna canción del mar, del gran maestro uruguayo.

La Unión Latinoamericana

Los acontecimientos son frutas maravillosas que nacen en el árbol del Tiempo, plantado sobre el Espacio infinito; florecen, cuajan, y siguiendo el proceso natural de crecimiento a que está sujeto lo que fué tocado por el soplo divino de la vida, llegan al fin a la plenitud de su desarrollo. Pueden pasar años, siglos, milenios ¿quién lo sabe? antes de que, cumplida la etapa de su maduración, se produzca la caída del acontecimiento; pero entonces, inexorablemente, en el instante preciso, ni un momento antes, ni un momento después, la fruta en sazón abandonará la rama para descender con la necesidad de la piedra lanzada a las alturas.

La fatalidad que rige la manifestación del acontecimiento es fácilmente explicable: como el río, incesante en su manso discurrir, la vida es una misteriosa cadena de sucesos que fluye indefinidamente de lo Eterno, al conjuro de la voluntad omnisapiente y todopoderosa del Genio Creador de Mundos; consecuencia inmediata de un suceso anterior, el acontecimiento actual ha de quedar situado en su justo



lugar, en su preciso tiempo, para ser, a su vez, origen y causa de los sucesos posteriores, so pena de producirse un desconcierto inconcebible en la maravillosa organización del Orden Universal.

El 17 de noviembre de 1830 se durmió el Libertador en el seno misterioso de la muerte, con la angustia infinita de creer que "había arado en el mar", viendo como la floración de pueblos, que él había cultivado para la vida de la libertad, se malograba dolorosamente a manos del caudillaje y la anarquía; pero por encima de ese aparente desastre total, flotaba lozana y sugerente su brillante concepción sobre la Unidad Política de la América, a modo de proyección luminosa lanzada desde la altura de su genio a la conciencia de las nuevas generaciones; y cincuenta años después, cuando las naciones hijas de su invención se orientaban ya triunfalmente por amplios senderos de orden y progreso, esas ideas maravillosas reencarnaban en la "Unión Latino-Americana", sociedad política fundada en París por americanos ilustres, que se constituyeron en mantenedores de las mismas y lucharon generosamente por llevarlas a una cabal ejecución.

París, en aquel tiempo, era el centro intelectual del mundo, a donde convergía toda innovación ideológica a la conquista del "esprit" encantador de la Ciudad Luz; y de donde se irradiaban, confirmadas, las poderosas ideas que iban luego a revolucionar el pensamiento universal. Y en esa sede de la espiritualidad, el escritor colombiano Don José María Torres Caicedo, el General Gregorio Luperón, alma y espada de nuestra gesta Restauradora, el sabio puertorriqueño Dr. Betances y el peruano Dr. Albertini, movilizaron la opinión pública mundial en favor de la Unidad de América, concebida por Bo-



lívar; pero la hora no había llegado todavía, y fué así como la gentil disposición de los eminentes estadistas no pasó de ser un esfuerzo generoso, pero ineficáz, merecedor a todas luces de nuestro más ferviente reconocimiento.

Séame permitido, Señores, destacar esa elevada actuación civilista de nuestro gran soldado: guerrero incansable y valiente hasta la temeridad, denodado propulsor y mantenedor de la Revolución Restauradora, la señera personalidad de nuestro Lupe-rón, brilla en el escenario nacional aureolada con el prestigio de su heroísmo incontrolable; pero no es lo suficientemente conocido, y es lástima de ello, el Lu-perón caballeresco y diplomático, amigo de Víctor Hugo y de Garibaldi, compañero entrañable de Hostos y protector esforzado de los patriotas cubanos y puertorriqueños, que batallaban por la independencia de su tierra, a quienes daba el noble dominicano ya un hogar, ya un fusil, ya una bandera: que, en ocasiones, de todo habían menester los andantes ca-balleros de la libertad antillana.

Hagamos también una honrosa distinción del eminente Dr. Ramón Emeterio Betances: luchador incansable por la libertad de su pobre isla todavía irredenta, a falta de Patria propia a quien servir, consagró su inteligente actividad al servicio de la nuestra; y sus gestiones en la Legación de París fueron fecundas en beneficios de toda especie para la naciente República. Abogamos, pues, por que acabe de amanecer para Puerto Rico el día de la Independencia, cuya aurora, entre brumas rutilantes, asoma ya en oriente, a fin de que las cenizas del Dr. Betances y de sus compañeros patriotas tengan al fin su suelo libre donde descansar a la sombra ma-ternal de su bandera.



La Unión Panamericana

La sociedad americanista de París fué "flor de un día" que murjó apenas se disgregaron sus ilustres fundadores, no sin haber dejado en el ambiente mundial un rastro luminoso de su paso; pero las ideas que la habían informado renacieron luego en la Unión Panamericana de Washington, laborioso organismo internacional que tomó a su cargo el mantenimiento de las mejores relaciones entre los pueblos del Continente Colombino. En el fondo era ese el mismo pensamiento caudal del Libertador, sólo que aumentado y corregido, pues mientras Bolívar quería confederar en principio sólo a las Repúblicas cristianas de ascendencia española, como elementos étnicos de más fácil conjunción, el nuevo proyecto ambicionaba mucho más: unir de una vez todas las Naciones pobladoras del Nuevo Mundo que tuvieron su principio generador en el trascendental accidente histórico del Descubrimiento.

Delicada y ardua empresa fué la de esta sociedad interamericana; orientadas principalmente sus actividades hacia fines comunes de general utilidad, durante sus cincuentitrés años de funcionamiento ha luchado tenazmente por disipar las sombras de la ignorancia y de la incomprensión, suavizando asperezas, creando vínculos de intereses, propiciando el mejoramiento en las condiciones de vida, creando, en fin, un ambiente favorable para las realizaciones definitivas entre estos pueblos jóvenes, que la Providencia y la Naturaleza juntaron, y el egoísmo torpe de los hombres ha querido mantener en dolorosa disgregación infecunda.



Una docena de Conferencias Internacionales y numerosas Conferencias Técnicas Regionales han alcanzado diversos e importantes objetivos, de órden comercial y científico; y la casi unanimidad con que respondieron nuestras Repúblicas a la cobarde agresión amarilla del Pacífico, demuestra evidentemente que en el orden político se ha llegado a un punto en que acaso sea posible intentar ya el esfuerzo supremo por concretar en formas tangibles el Ideal de la Unidad Americana, concebido en la mente creadora de Bolívar.

La acción

Si no mienten esta vez las señales de los tiempos, probablemente está para llegar la hora en que, cumplido el proceso natural de maduración, se produzca la caída del acontecimiento de la unidad de las Américas. Un cúmulo de circunstancias favorables, orientadas a esa finalidad maravillosa, se ha venido sucediendo en el Continente durante el curso de estos últimos años; y todo parece ya indicar que efectivamente estaba reservada a nuestra generación la empresa gigante de fundir en el bronce augusto de la perennidad la inspiración luminosa que, en artística arcilla de futuro, había plasmado el genio profético del Libertador.

A una centuria de haberse lanzado en los azares de vida libre, nuestros pueblos, pasada la etapa dolorosa de la juventud, han frenado ya su tormentosa impulsividad y llegado finalmente a un estado de adultez que les permite actuar con plena conciencia de sus determinaciones; educados en la escuela del infortunio, van ahora, al amparo de su propia ex-

perencia, hacia la realización cabal de su destino histórico.

Ningún hecho de tan vasta trascendencia para la causa americanista que el advenimiento de Franklin Delano Roosevelt a la presidencia de los Estados Unidos de Norte América: de ese ilustre conductor que revolucionó las normas de su función ejecutiva, imprimiéndole el sello de su vigorosa y atrayente personalidad, y a compás de cuyas actuaciones excepcionales se dominaron los enormes problemas económicos y sociales de su gran país, y se levantaron las basamentas de una prosperidad monstruosa, sobre la cual se asienta hoy el baluarte formidable de las Democracias en Guerra. Hombre de pensamiento y de acción, el Presidente Roosevelt sabe lo que quiere y va recto a su fin; y cuando su idealismo constructivo, renunciando a las posturas imperialistas de la desacreditada Diplomacia del Dollar, instituyó la doctrina de Buena Vecindad en sus relaciones con las demás Repúblicas Americanas, hizo nacer a la vez el estado de confianza que es la mejor garantía para llevar a término feliz cualquiera coalición de propósitos comunes. Y es así como la práctica constante de esa respetuosa política internacional de Nuevo Trato ha hecho más, en esta última década, que cien años de esfuerzos anteriores, por el acercamiento entre los pueblos de las dos Américas.

Otro estadista eminente, nuestro Generalísimo Trujillo Molina, también de recia contextura moral, que rompió los moldes de los viejos gobernantes y a virtud de sus propias modalidades, creó una Era de florecimiento milagroso en su país, desde 1936 conmovió a la conciencia americana con su propuesta de crear una Liga de Naciones del Nuevo Mundo,



con un organismo ejecutivo que fuese la expresión de la voluntad y el poderío de todo el Continente Colombino, cuyos avanzados puntos de vista ratificó y desarrolló magistralmente en el magnífico discurso del año pasado con que aceptó su postulación al nuevo período presidencial, que actualmente está sirviendo, con siempre nuevo afán emulador de sus propias gloriosas actuaciones.

En sentido semejante se ha producido también otro americanista distinguido, el ilustre Presidente de Colombia, Don Alfonso López, como si la concreción en formas tangibles de las aspiraciones americanas fuese ya una necesidad inaplazable para su mejor desenvolvimiento en el escenario mundial de las Naciones.

Y en medio de ese ambiente preñado de optimismo, irrumpió la Guerra Mundial como una ciega fatalidad salida del caos bíblico para asolar al mundo antiguo, con la acción devastadora de sus fuerzas primitivas; y a medida que, inexorablemente, uno tras otro, iban cayendo en la vorágine los pueblos de la Vieja Europa, esos pueblos cargados de civilización que nos enseñaron a pensar, que actuaban y sentían como nosotros, que tenían concepciones sobre la vida y sobre el honor semejantes a las nuestras, se evidenció la urgencia de mancomunar la potencialidad dispersa entre las Naciones del Continente, si aspirábamos a seguir viviendo de acuerdo con nuestras normas tradicionales de conducta. Y cuando los Japoneses, arteros y felones, atacaron a mansalva las confiadas posesiones norteamericanas en los románticos mares del Pacífico Sur, cada una de nuestras Naciones sintió el escozor de la herida alevé como en su propia carne, y se alinearon todas, salvo una que otra rezagada, al lado de la Gran De-

mocracia del Norte, para castigar el agravio y vengar el ultraje traidor. He ahí, Señores, como del fondo pavoroso de esa tiniebla moral, que es la guerra sin honor que han impuesto al universo los tiranos totalitarios, están surgiendo claridades imprecisas como anuncio feliz de cercano amanecer, en que lucirá, espléndida y radiante, la Unidad de las Naciones del Nuevo Mundo.

La nueva estrategia

No es apropiada la circunstancia para planear en detalle las bases del acuerdo definitivo entre nuestros pueblos; en otra ocasión yo he tratado con alguna amplitud sobre la necesidad de crear vinculaciones ideológicas que den consistencia espiritual a la enorme comunidad de intereses en formación, y "ninguna, decía yo, más apropiada que el culto a la memoria de Colón, el inmortal progenitor, ya que todos habían tenido el mismo origen en la hazaña portentosa del Descubrimiento". De idéntica manera los pueblos de la Grecia pagana se congregaron en Liga Permanente, que quería imitar Bolívar, asentada en el Istmo de Corinto, para resolver sus diferencias y organizar su vida, bajo la égida protectora de unos mismos dioses, olímpicos y artistas, cuya adoración se extendía por todo el territorio de la Hélade, maravillosa y eterna.

Pero sea cual fuere la resistencia de esos nexos espirituales, o la cuantía de los intereses materiales en juego, parece evidente la necesidad de constituir a la vez una fuerza poderosa y autónoma que respalde la libertad de los pueblos a disponer de su propio destino. Por falta de esa fuerza, sucumbió fácilmente



te la Anfictionía de Atenas, ya citada, cuando Filipo de Macedonia asoló sin piedad esa cuna sagrada del arte y de la sabiduría, no obstante los torrentes milagrosos de elocuencia con que Demóstenes, el divino, quería oponerse al empuje arrollador de los ejércitos. De igual modo, por carencia absoluta de autoridad con que mantener sus decisiones, murió recientemente de consunción la Liga Mundial de Naciones, radicada en Ginebra, cuando las ambiciones incontroladas de los Dictadores hicieron presa fácil en los pueblos débiles, y rompieron los tratados existentes; y mientras la soberbia egolotría quería imponer su satánica voluntad como ley universal, sólo estaba regando el combustible que a la primera chispa encendería al Mundo en los horrores de esta conflagración apocalíptica...

Y si reconocemos que es indispensable la existencia de una fuerza poderosa al servicio del organismo ejecutivo de la solidaridad continental, preciso será discurrir ahora, aunque brevemente, acerca de las condiciones que debe reunir semejante fuerza para que resulte práctica, eficiente, y sea además de económico funcionamiento.

Hasta la caída de Napoleón Bonaparte, los ejércitos de tierra, bajo diversas organizaciones estratégicas, asumieron principalmente la responsabilidad del éxito en las batallas innumerables, cuyo relato llena las páginas de la Historia. Apoyado en las Falanges Macedónicas, conquistó Alejandro Magno, en corto tiempo, un imperio colosal, limitado al Sur por las aguas sagradas del Ganges indostánico. Sobre las lanzas invictas de las Legiones Romanas, volaban impertérritas las águilas cesáreas por toda la extensión del mundo antiguo, desde las heladas playas del Mar del Norte, hasta los caldeados arenales de

Libia. Tras del rastro asolador de los ligeros cascos de su Caballería Mongólica, fué el genio guerrero de Gengis Khan extendiendo su dominación por todo el territorio del Asia y una gran parte de la Europa del siglo XIII. Y electrizando a sus famosos Granaderos Imperiales con la energía característica de su temperamento, ensanchó Napoleón las fronteras de Francia hasta el ciclópeo mirador de las Pirámides...

Pero apenas vencido el gran corso Emperador, y atada su ambición guerrera al sombrío peñón de Santa Elena, comenzó a declinar la eficacia de los ejércitos de tierra, a medida que iba creciendo el poderío naval de Inglaterra, que llegó a ser la indiscutida Reina de los Mares. Y, con el advenimiento del motor, se construyeron armadas de veloces acorazados, como gigantescas fortalezas flotantes que, con su enorme poder ofensivo sobre las costas y su facilidad para controlar las rutas oceánicas, adquirieron la supremacía estratégica, a extremo tal que, en las guerras, se admitía generalmente que, quien dominaba el mar era dueño también de la victoria.

Vinieron luego los Submarinos como amenaza cierta para los barcos de superficie; pero a poco fué controlada su destructora agresividad y las escuadras de grandes unidades pesadas, de Cruceros y Destruyores, ligeros y temibles, continuaron ejerciendo el supremo poderío a lo largo infinito de los mares.

Hasta la llegada de la Aviación a la arena del combate; en principio se la consideró como un cuerpo auxiliar de las flotas marinas; por su facilidad extraordinaria para localizar objetivos perdidos en la movilidad azul del Océano, "ojos de la Armada" se llamó a estos pájaros de acero que, desde su atalaya

de nubes, oteaban distancias inmensurables, y podían orientar la actividad y el rumbo de las naves; pero iniciada apenas esta infernal guerra motorizada, con sus nuevas modalidades tácticas y estratégicas, se demostró que la Aviación tenía un papel mucho más importante que cumplir.

En efecto, en la llamada guerra relámpago que emprendieron los ejércitos de la Dictadura, en los tiempos ya lejanos de su ofensiva inicial, la fuerza aérea tuvo a su cargo la acción principal, sorprendiendo y desorganizando las defensas y comunicaciones enemigas, asestando golpes devastadores en todas direcciones y dispersando los ejércitos en marcha. En los ataques a la navegación también se puso luego de evidencia que ningún blindaje era capaz de resistir la eficacia destructora de los bombardeos aéreos, como lo prueban con elocuencia abrumadora, el hundimiento del "Bismark" y los frecuentes desastres que sufre a diario la flota japonesa a manos de la aviación aliada en el Pacífico.

Y no allí solamente: las Naciones Unidas están a la ofensiva en todos los frentes de batalla desde que su armada aérea superó a la enemiga en la cantidad y en la calidad de las máquinas voladoras; y no será aventurado afirmar desde ahora que la conquista definitiva del aire dará indefectiblemente a las democracias la victoria final de la contienda.

El avión, con gran autonomía de vuelo y extensa capacidad de carga, será el arma decisiva del porvenir; y para respaldar los libérrimos acuerdos de La Liga de Naciones Americanas, sería aconsejable la creación de una poderosa armada aérea, costeada proporcionalmente por cada uno de sus miem-

bros, al servicio permanente del organismo ejecutivo de la dicha Anfictionía Continental.

Armada de paz

Otra vez yo he anotado la predestinación misteriosa que presidió el Descubrimiento y la conquista de América; a la luz de un razonamiento lógico, me aventuré entre las brumas del futuro anunciando hace más de dos años, cuando todavía las naciones agresoras estaban en la ofensiva, que la acción devastadora de esta guerra total, que está convirtiendo en ruinas humeantes una extensa región del Planeta, no alcanzaría a nuestro Continente, porque la Providencia que lo ocultó durante siglos a la codicia de los conquistadores europeos, no podía permitir ahora su destrucción, apenas acabada de plantar en él nuestra joven humanidad, ya que sin duda guardaba esta tierra de promisión para refugio de la libertad en quiebra y asiento de la civilización occidental, pobres pájaros de luz que, azotados fieramente por el huracán, escaparían al fin a fuerza de alas y se orientarían en los espacios siderales por la ruta magnífica del Sol.

Y a estas alturas del conflicto bélico, no será preciso un gran esfuerzo mental para admitir que la ola de fuego formada en la entraña de la Europa facista, que amenazaba asolar al mundo, ha perdido su impulso inicial y se va disolviendo lentamente detrás del valladar infranqueable del Atlántico; la balanza de la Victoria se inclina ya de parte de las Democracias; y llegada la hora triunfal ¿imagináis el espléndido espectáculo que, en el inmediato futuro, ofrecerán las Américas Unidas, cuan-



do el gigantesco esfuerzo de guerra actual pueda ser aplicado al desarrollo armónico de sus inmensas posibilidades en la conquista de la paz y de la felicidad?

Porque nuestra América rebelde y brava es tierra de paz; en el mundo de la postguerra, mientras los pueblos del Continente Viejo apagan los incendios y restañan sus heridas, nuestro pródigo suelo, cargado de abundancia, será el granero universal; y en esta nueva Arcadia, las ideas, flores maravillosas del espíritu, cuajarán profusamente en frutos admirables de sabiduría. Mas, para conservar esa prosperidad ganada en buena lid, insisto en advertir la necesidad de crear una fuerza poderosa que la respalde; y ninguna mejor que una armada aérea, instrumento de temible poder ofensivo en la guerra, pero que podría convertirse en una gigantesca empresa de transportes al servicio de la paz. Y entonces, las águilas y los cóndores americanos, conquistadores del cielo, en vez de llevar en su seno la devastación y la muerte, surcarían "el piélago inmenso del vacío", hacia todos los rumbos del Orbe, como heraldos de progreso y de fraternidad universal.

Santo Domingo de ayer y de mañana

Yo no sé si la inmensa emoción que me invade engaña mis anhelos, creando espejismos en el horizonte de la imaginación; pero yo os aseguro, Señoras y Señores, que en ese concierto maravilloso de las Américas Unidas, veo para nuestra tierra una elevada misión que cumplir. Colocada en el centro geográfico del Continente, en el cruce de todos los caminos del mar y de los cielos, abrumada bajo el pe-

so de su historia que parece una larga canción de gesta, cuna de la civilización americana y sepulcro del Almirante Descubridor, la República Dominicana ha de ser la Capital espiritual del Continente Colombino, y su antigua Ciudad Primada la sede permanente del organismo ejecutivo de la Unión de Naciones del Nuevo Mundo.

En efecto, ningún otro pueblo con más títulos que el nuestro a esa dignidad; galardonado con el amor del nauta insigne que develó audazmente el misterio tenebroso del Océano a fin de completar la tierra, como reposo definitivo de sus cenizas fué escogido por él, y, contra la voluntad de los hombres, aquí permanecen sus reliquias sagradas, para cuyo depósito el reconocimiento americano va a levantar un soberbio templo sobre la costa de Ciudad Trujillo, monumento luminoso que orientará la conciencia del Nuevo Mundo. Además, al momento de contar glorias o de medir blasones ¿qué Nación hermana puede discutir preeminencias con la Española de la Conquista?...

Y si eso fuera poco, he aquí que nuestro esclarecido conductor, Generalísimo Trujillo Molina, es el estadista americano del presente que ha interpretado y definido mejor la concepción original de Bolívar sobre la Unidad Continental. Ningún Jefe de Estado ha tenido una visión más clara del porvenir de las Américas Unidas, y ninguno tampoco ha dado más notaciones prácticas de americanismo constructivo, desde mucho antes de su propuesta Liga del 1936 hasta la reciente imposición de la enseñanza del Portugués en las escuelas oficiales.

Acuciado ahora por el próximo Centenario de la Independencia, el avisado reconstructor de la Patria en ruinas, está movilizándolo febrilmente el en-



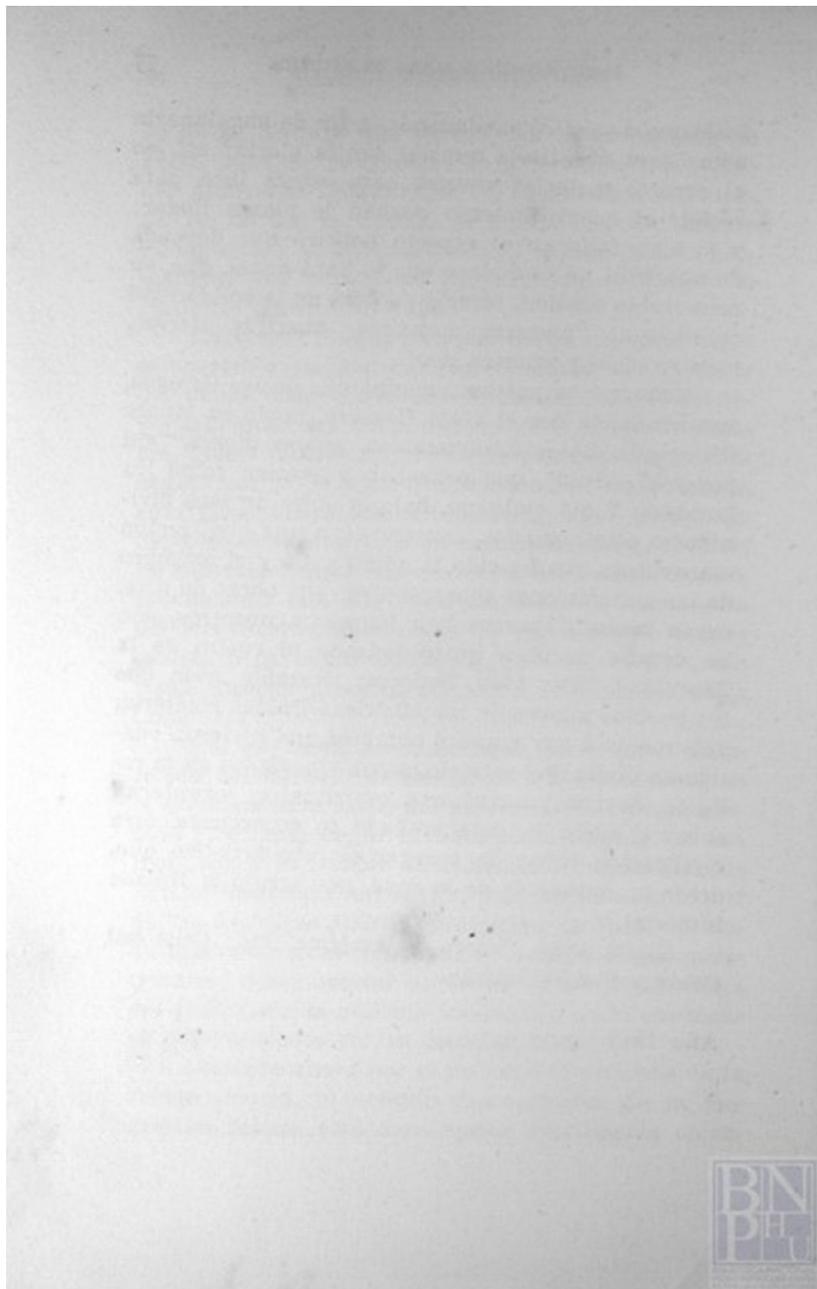
tusiasmo de sus conciudadanos, a fin de engalanarla como para una fiesta nupcial con la gloria; así, en el aspecto material nuestra casa estará lista para recibir el acontecimiento cuando le plazca llegar; y si algo falta en el aspecto político que dependa de nosotros, no es dudoso que lo hará aquel, que, en memorable ocasión, ofreció en aras de la solidaridad continental "nuestros hombres, nuestras tierras, nuestro cielo y nuestro mar".

Señores: la poética imaginación de los Griegos, inmortalizada por el viejo Homero, pobló su Monte Olimpo de dioses innumerables, pobres dioses, "sin poder ni virtud", que pensaban y sentían como los hombres. Y sin embargo, bajo el culto de esas divinidades semihumanas, construyeron una civilización maravillosa que ha sido la admiración y el asombro de las generaciones subsecuentes; sus obras de arte, cuyos restos dispersos han llegado a nosotros, son un desafío de buen gusto lanzado al rostro de la Eternidad. Pues bien, Señores: deseable sería que los pueblos nuevos de las Américas Unidas rindieran veneración a sus grandes hombres que tuvieron cualidades divinas; y estrechamente vinculados en la religión de sus progenitores espirituales, levantaran sobre el suelo fecundo preñado de esperanzas, otra civilización capaz de recoger el reto artístico que, desde la eminencia de la suya, nos arrojó la Hélade inmortal.

Gloria a los Padres de América Una: Cristóbal Colón y Simón Bolívar.

Año 1943.





ASOCIACION O MUERTE

Hubo un tiempo en que la Roma Republicana era todopoderosa; "Senatus dabat leges mundi"; su Senado dictaba leyes al Universo; y los Padres Conscriptos, arrogantes y soberbios, trataban a las otras Naciones con olímpica altivez, ofreciéndoles indistintamente la Paz o la Guerra, que decían "llevar entre los pliegues orgullosos de su toga". De semejante manera, ya desde ahora puede anunciarse, que la inquietud o la tranquilidad de la familia humana, durante los años restantes del siglo en curso, se están incubando dentro del misterio helado de las etapas límites de Rusia, de donde habrán de salir, apenas terminada la presente conflagración, o el fuego voraz que encenderá al mundo en los horrores de otra guerra, sin duda más terrible que la actual, o las brisas perfumadas que impregnarán el ambiente con los benéficos efluvios de la paz, haciendo posible la existencia y amable la vida sobre la tierra.

En las alturas a que ha llegado el conflicto bélico, dejó de ser ya punto discutible quien ganará la guerra, porque la victoria aliada se perfila en el horizonte con claridades meridianas; sólo es cuestión de tiempo, y el caso a considerar es cuando se producirá la quiebra final de los Imperios totalitarios, a cuyo término feliz, sean cuales fueren los procedimientos que se pongan en práctica, hay el firme propósito de atar corto a los bandidos inter-

nacionales —hombres y pueblos— que puedan iniciar otra vez actividades subversivas del orden y la tranquilidad mundiales.

De consiguiente, la hegemonía del poder público universal se dividirá en forma exclusiva, entre los triunfadores: de una parte, los Estados Unidos de América, con sus aliadas las Repúblicas del Continente Colombino y en ese mismo frente la comunidad de naciones del Imperio Británico; de otra parte la Unión de Repúblicas Socialistas de la Rusia Soviética y finalmente China, inconquistable y tenaz, en proceso permanente, como la Naturaleza misma, de integración y desintegración, en su grandeza inmensurable. Y si descontamos la vocación para la paz de los pueblos anglosajones y de nuestras jóvenes Repúblicas de América, que nadie puede poner en duda; dejando a un lado a China que, lo acabamos de decir, necesitará el tiempo para seguir tejiendo la tela de Penélope de su propio destino, sólo queda la interrogación inquietante de Rusia, suspendida como una espada de preocupación sobre el porvenir; de Rusia, envuelta en las brumas misteriosas de ideologías imposibles para nuestra comprensión; Rusia inmensa, poderosa, con poderío creciente a medida que sus recursos ilimitados son sometidos a científica explotación; caja de sorpresas en todo tiempo; providencial imponderable, cuya insospechada resistencia dió lugar a la formación del formidable frente industrial y a la organización de numerosos ejércitos aliados; Rusia en fin, arrolladora y triunfante, es el único punto neurálgico donde pueden formarse nubarrones que empañen el cielo azul del mundo en la postguerra.

Y no es que quiera prejuizar actitudes presentes ni futuras de la Rusia Soviética, nación aliada



que está jugando un papel tan descollante en la lucha a muerte contra el enemigo común que invadió su territorio, haciendo ponderar sobre los hombros del ejército y del pueblo rusos, a cual más sufrido y heróico, la parte más dura de la contienda; yo que nunca aspiré a ser profeta de desgracias, preferiría comprobar luego que las suspicacias actuales originadas acaso en actuaciones insuficientemente comprendidas, sólo eran fantasmas creados por una imaginación calenturienta que se desvanecieron a la hora de las realidades, como se desvanecen las brumas del amanecer cuando, radiante y luminoso, de su lecho de nubes se levanta el sol.

Es evidente, sin embargo, que la disposición recién adoptada por los dirigentes moscovitas de disolver la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, creándole personalidad jurídica, militar y diplomática a cada una de las diez y seis naciones que integran el Coloso, implica un decidido propósito de lucha contra sus aliadas en los areópagos internacionales, donde se ventilará el proceso de la Guerra hasta su liquidación final y se habrán de trazar las bases permanentes para la nueva organización del Universo.

Pero muy bien pudiera ser que ese acuerdo trascendental, en el peor de los casos, sólo tuviera un propósito defensivo, ya contra Inglaterra y su comunidad de Naciones del Imperio, ya contra los Estados Unidos y su acompañamiento de aliadas americanas, puesto que, frente a esos grandes consorcios de pueblos la Rusia Soviética sola, no obstante su potencial poderío, resultaría perdidosa en las lides de la diplomacia; muy bien pudiera ser...; pero no se olvide que no hace aún mucho tiempo, el inmenso conglomerado Ruso fué escogido como labo-

ratorio humano de revolucionarias teorías sociales y políticas, a cuyo impulso arróllador se derrumbó estrepitosamente el trono milenario de los Czares, y junto con las coronas rodaron ensangrentadas las cabezas imperiales; que sobre las ruinas humeantes de la vieja autocracia czarista se implantó, tras de angustiosas convulsiones una nueva y más terrible autocracia, abonada con la sangre de millones de víctimas propiciatorias; y a consecuencia del inquietante orden de cosas iniciado se organizó la Internacional Comunista con el fin de promover la llamada Revolución Proletaria en las otras partes del mundo.

Y aunque bajo la presión de la propaganda guerrera alemana se haya declarado recientemente la disolución de ese foco de perturbaciones e intranquilidad internacional que, en la práctica alcanzó tan limitados éxitos, no obstante la falta absoluta de escrúpulos que caracterizó el desarrollo de sus actividades, y aun cuando admitiéramos sin discusión la buena fe actual de los líderes moscovitas ¿quién podría dar seguridad de que no se oculta allí peligro alguno para la paz mundial? ¿Quién se atrevería a afirmar que los fermentos ideológicos, provocadores de aquella catástrofe de proporciones gigantescas, terminaron ya totalmente su ebullición dentro de los confines del vasto y accidentado territorio, sobre el cual, como una mancha de sangre, ondea aún la bandera roja de la revolución?...

La agresión japonesa en los mares del Sur, inesperada y brutal, contra pacíficas posesiones norteamericanas, tuvo la virtud de sacudir la sensibili-



dad, provocar la unificación de sentimientos y crear una conciencia clara a lo largo del Continente Colombino. En tal virtud, nuestras Repúblicas se orientaron decididamente hacia la finalidad inmediata de ganar la guerra, como única garantía posible de vida individual; pero pasada esta emergencia y frente a diversas posibilidades en perspectiva, parece necesaria la adopción de otras medidas en acuerdo con las nuevas circunstancias a que dé origen el curso de los acontecimientos.

Y sea efectivamente la actitud soviética que vengo comentando síntoma denunciador de propósitos siniestros, o sea, por el contrario anuncio espectacular de ignorada finalidad, sin consecuencias presentes ni futuras; trátese de una actuación susceptible de provocar otra guerra o de consolidar la paz, es indispensable que, en la duda, nuestros pueblos necesitarán tomar sus precauciones para evitar en lo posible sorpresas que puedan ser desagradables, cuando no fatales.

Y precisamente la misma vaguedad del probable peligro oculto en lontananza, ha de requerir el empleo de acciones preventivas de amplio alcance a fin de no dejarnos sorprender por las eventualidades que pueda reservarnos el porvenir. Y ninguna medida podría ser más atinada que la creación efectiva de la Liga de Naciones Americanas que, más o menos defectuosamente, está funcionando desde que ellas ingresaron en la guerra y cuya experiencia debe aprovecharse para su final organización.

Nada en efecto parece oponerse ahora a la realización de ese anhelo secular que, desde Bolívar, padre de la Libertad de América y profeta de sus destinos, viene siendo la aspiración más alta del pensamiento político americano; se registra por el

contrario una serie de acontecimientos favorables y de circunstancias propicias, todas concurrentes a la finalidad propuesta, como si en el reloj del tiempo hubiese sonado ya la hora de la concreción en formas tangibles del brillante sueño internacional.

Y cúbrase entonces el cielo de negros nubarrones o límpido y sereno brille el sol; soplen los vientos bonancibles de la Paz, o vuelva a rugir y se desate la tormenta de la guerra, nada tendrán que temer nuestros pueblos jóvenes y fuertes, unidos en una misma comunidad de ideales y propósitos, orientados principalmente al noble fin de alcanzar más amplias y seguras libertades y mejores medios de vida para la humanidad.

La constitución de una Liga de Naciones Americanas o su concurrencia en la formación de un organismo continental semejante, es aconsejable ahora como medida de prevención y defensa; pero posiblemente acontecimientos y circunstancias especiales, posteriores a la guerra, harán ese acuerdo de imperativa necesidad para nuestros pueblos si es que ellos aspiran a seguir figurando como entidades en el concierto de las Naciones libres del Universo.

Tal parece presagiarlo el luminoso discurso pronunciado hace justamente un año por Winston Churchill, el veterano estadista que dirige los destinos del Imperio Británico, exponiendo sumariamente los puntos de vista del Gobierno Inglés sobre la posible organización del mundo en la postguerra, para cimentar la paz universal; y tanto la destacada personalidad del orador como la excepcional posición que ocupa, en la más alta cima de los acontecimientos, invisten sus conceptos de indeneable autoridad.

En opinión del Señor Churchill "los numerosos estados pequeños, cuyos intereses y derechos deben



quedar protegidos, formarán una serie de grupos o federaciones de estados, que se harán representar por delegados de su libérrima elección, para que concurren a constituir Consejos Continentales de Naciones—Consejo de Europa, Consejo de Asia y naturalmente Consejo de América—que a su vez delegarán representaciones para la formación de una entidad internacional compuesta de los grandes estados individuales y de grupos de estados menores; una Sociedad de real y verdadera efectividad, con un Supremo Tribunal encargado de zanjar los conflictos y con fuerzas militares a su disposición que, imponiendo sin demoras ni contemplaciones el cumplimiento de sus fallos, evite los preparativos para nuevas guerras y consiguientemente la repetición de los ataques armados.

Respalda su criterio, el enérgico líder inglés "en la experiencia de la finada Sociedad de las Naciones, de cuya obra inmensa espera no se prescindirá con torpe ligereza y sobre cuyos grandiosos sillares de libertad, derecho y ética en que se asentó, considera imperativo levantar el edificio de la nueva comunidad internacional".

"El funcionamiento de la Sociedad de las Naciones" comentan los Señores Herbert Hoover y Hugh Gibson", demostró la inconveniencia de dar intervención en cuestiones políticas de Europa, por ejemplo, a treinta naciones de otros continentes que no tenían el menor interés en el asunto, cuyos delegados más que al arreglo contribuían a crear confusión y desacuerdo, con sus lujosos exhibicionismos de elocuencia; lo cual vino a dar por resultado que a las naciones, para dirimir sus querellas y negociar sus arreglos, no les quedaba otro camino, si

querían llegar a una pronta solución, que buscarla fuera de la Sociedad”.

“De ahí el fracaso, concluyen los comentadores, cuya repetición debe ser evitada a cualquier precio; la organización federativa o por grupos de Naciones, libraría a un Continente de verse embrollado con los problemas propios de los demás, con lo cual, se lograría, no el aislamiento, sino la cooperación por regiones o zonas del mundo; en resumen, el plan del Señor Churchill simplifica grandemente la tarea de estructurar la entidad internacional que estará encargada de conservar la Paz”.

La organización de la Liga de Naciones Americanas, o como quiera llamarse al acuerdo de los respectivos Gobiernos y pueblos para unir permanentemente sus destinos en la buena como en la mala suerte, ha de ser motivo de un laborioso estudio de sus representantes oficiales que llevarán sus respectivos puntos de vista a conferencias continentales convocadas al efecto, donde serían discutidos ampliamente y se adoptarían soluciones definitivas a plena libertad y conciencia de sus componentes. Y resuélvase finalmente crear una Federación Oficial de Naciones Americanas, o quédese en un simple acuerdo de caballeros que tienen el mismo interés que defender e igual propósito que perseguir, esa convención de nuestros pueblos deberá estar representada por un Congreso de Plenipotenciarios, que concentre en su seno la voluntad y el poderío del Continente: Supremo Consejo de las Américas que ha de tener su asiento permanente en Ciudad Trujillo, por razones históricas y por conveniencias actuales que he registrado en otra oportunidad, y cuyos argumentos quedaron plenamente robustecidos por el rotundo éxito alcanzado en la reciente celebración de las cívicas fies-

tas conmemorativas del primer Centenario de la Independencia Nacional.

Se vió allí, en efecto, con asombro y satisfacción de propios y de extraños, que junto al encanto sugestivo de las ruinas legendarias, se levantaba por doquier el imponente utilitarismo de un edificio nuevo, artísticamente construido, bordeando parques y avenidas que lucirían magníficamente en cualquiera metropolis famosa; que la vieja ciudad de los Colones, que al arrullo de sus cantares meció la cuna del Nuevo Mundo, se había vestido un traje suntuoso de modernidad; y con la gracia clásica de seductora castellana, quería y podía atender satisfactoriamente a los innumerables visitantes que en tan solemne ocasión vinieron a darnos testimonio de su simpatía desde todas partes del mundo.

Al planear y ejecutar así tan maravillosa transformación, fusionando lo útil y lo bello en el admirable conjunto urbano de la Primada, el Presidente Trujillo estaba dejando escrito un alegato poderosísimo en favor de su Ciudad para que ella fuese escogida como sede permanente del Organismo Ejecutivo de la Comunidad de Naciones Americanas, ya que junto al prestigio único de su gloriosa antigüedad podía ostentar ahora la atracción y el confort de cualquier ciudad moderna.

Pero sea su asiento en Ciudad Trujillo o en otro lugar adecuado que plazca a la mayoría, parece imperativa para nuestros pueblos la necesidad de mantener una asociación de voluntades a fin de poder afrontar airoosamente los complejos problemas que surgirán al advenimiento de la Paz, ganada al precio de tantos sacrificios. Ojalá que las luces del Faro de Colón, proyectadas desde la eminencia de nuestras costas sobre los caminos espirituales del

Continente, puedan guiar a los Pueblos Americanos hacia la completa realización de su destino histórico en esta hora fatídica para la humanidad.

Primavera de 1944.

POST SCRIPTUM

Está corriendo el segundo año de la Victoria aliada sobre los Imperios fascistas, y todavía no se despeja el horizonte político mundial, como si los cielos inmisericordes que durante estos últimos años interminables desataron la furia de sus rayos contra la tierra empavorecida, siguieran preñados de bélicas tormentas, prontas a escribir, con jeroglíficos de relámpagos, el fatídico designio destructor que parece pesar inexorablemente sobre el futuro de la humanidad.

La solución, cada vez más lejana, de los arduos problemas innumerables que dejó tras de sí la hecatombe, como reguero maldito de discordias, pone de manifiesto la existencia de antagonismos imposibles de salvar, entre las grandes Naciones responsables de la reorganización del mundo: se diría que, fatalmente, ellas han perdido el rumbo en los caminos que pueden conducir a la estabilidad y a la Paz. Hay sin embargo una diferencia sustancial en el desconcerto inquietador que se advierte entre las Naciones vencedoras: mientras los Estados Unidos e Inglaterra, tenaces en sus empeños de mejoramiento social, se debaten afanosamente en luchas internas, agotadoras de valiosísimas energías, por llevar a alturas de civilización las condiciones de vida de sus pueblos, los autócratas dirigentes de la Rusia Soviética, en aras de falsificadas doctrinas pro-



letarias, siguen atando a sus "Camaradas" con la red de la más sangrienta y oprobiosa de todas las tiranías, en desprecio total de sus más urgentes necesidades vitales; y es así como pueden concentrar sus enormes posibilidades en trastornar primero, para dominar después, a los demás Pueblos del Mundo.

Felizmente, esas torvas maquinaciones soviéticas, subversivas del orden y la tranquilidad generales, se han evidenciado ya de manera tan brutal y tan elocuente que, ni aún el más arraigado optimismo puede llamarse a engaño; ved si no el doliente cinturón de pueblos esclavizados a lo largo de sus fronteras: Finlandia, Estonia, Lituania, Polonia, los Balcanes...; ved sus manejos diplomáticos (?) interviniendo en China, en Grecia, en el Oriente, para atizar la hoguera, humeante aún bajo los escombros de la pasada conflagración, y fomentando huelgas y disturbios en todos los países; y vedla por último desatando aviesa y conscientemente, en las Conferencias mal llamadas de la Paz, la más impiadosa guerra de nervios jamás vista, con su oposición sistemática a todo acuerdo tendiente a solucionar uno solo siquiera, grande o pequeño, de los incontables problemas que imposibilitan la liquidación de la catástrofe.

Y lanzado ya a la conquista del Mundo, que es la meta de su tortuosa ideología, el Coloso Ruso no retrocederá a virtud de razonamientos ni concesiones apaciguadoras; viva está aún la recién pasada experiencia hitleriana; acaso lo detenga un momento el justificado temor de las armas atómicas que posee Norte América; pero cuando logre descubrir el secreto de su fabricación y se considere suficientemente fortalecido, tratará de subyugar por la vio-



lencia a todos los países donde sus truculentos métodos de infiltración pacífica no le hubiesen ganado ya un dominio absoluto sobre el pensamiento, sobre la vida y sobre la hacienda de sus habitantes, aunque para ello tuviera que destruir completamente la moderna civilización y asolar el Planeta.

Y frente a una perspectiva tan sombría, ¿qué acción están tomando las Naciones de la América Colombina, para defender su presente y salvaguardar el futuro? Contrista el alma ver que nuestros Pueblos no sienten preocupaciones por el peligro que los acecha; ignorando al parecer que las distancias se han acortado prodigiosamente en nuestra pequeña tierra y que nunca más podrán quedar al margen de otro conflicto armado, siguen a las grandes Naciones, "alegres y confiados", de una a otra Conferencia, sin propósito cierto ni orientación definida, a hablar si dejan, a callar si mandan, en el triste papel que se les ha asignado de comparsa poco airosa en la mascarada trágica de la Paz.

No se necesitaba un gran esfuerzo de imaginación para prever esta dolorosa realidad presente; en todo tiempo fué igual; ¿cuándo han tenido razón los débiles contra el derecho de los fuertes? ¿no es acaso verdad nunca desmentida la del cantar español, que "Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos? Aisladamente, las Naciones Americanas no deben esperar el reconocimiento de sus razones y derechos, en un mundo en constante convulsión donde el reinado de la Justicia sigue siendo una utopía irrealizable; y es por eso que nuestra comunidad de Pueblos necesita compactar su poten-

cialidad dispersa en un solo haz de voluntades y de propósitos, para conseguir que su voz sea oída siquiera en las deliberaciones donde se vaya a decidir otra vez la Paz o la Guerra, que en las circunstancias actuales, vale tanto como decir: la suerte misma de la humanidad.

Y en medio de la cerrazón espiritual que nos envuelve, no se vislumbra aún en las lejanías del horizonte, de donde habrá de surgir la claridad, nuncio feliz de bonanza, que barra a golpes de luz las brumas tormentosas cargadas de amenazas; pero de algún ignorado rincón ha de venir sin duda la orientación salvadora, si no es que, como algunos temen, estamos ya "al final de los días" prefijados en los fatídicos presagios de las visiones bíblicas, para la destrucción total del Mundo. Esperemos, sin embargo que todavía "no habrá llegado la hora" y como es frecuente en nuestras latitudes tropicales, aunque el cielo se encapote, ruja el trueno, se oscurezca el día y sople el viento inquietador, el huracán no rompa sus amarras, sino que se resuelva al fin en ligero chubasco intrascendente.

Confiemos, como es lo humano en situaciones desesperadas, que se producirá el milagro; pero, mientras las ocultas fuerzas imponderables que rigen los acontecimientos se manifiestan en una u otra forma, ¿no parece del más elemental sentido común que los jóvenes pueblos del Continente Colombino revisen sus posibilidades espirituales y materiales, y resuelvan una actuación conjunta y decidida, para ayudar al Destino con eficacia en la ejecución de sus propósitos ignotos? Y en tal caso, ¿quién había de tomar la iniciativa? Orgullosamente, con el orgullo altivo de una dominicanidad lo-grada, habremos de advertir que nuestra pequeña

Nación, usufructuaria legítima de las preeminencias de la Española conquistadora y legendaria, bien puede haber estado ya marcando rutas ciertas a la conciencia Americana, a través de la caótica indecisión general.

Y aunque hasta ahora la apostólica voz de nuestro Gran Presidente Trujillo haya clamado en vano, perdida acaso, como la del Profeta, en vastos desiertos de incompreensión y de egoismo, no por eso habrá disminuído la esencial virtualidad de sus ideas. De seguro que, en las páginas, aún no escritas de la historia política del Continente Colombino, lucirá gallardamente la figura del esforzado campeón dominicano que, sustentando los colores idelógicos de Bolívar, alistó sus banderas en la Cruzada de América, a la conquista de más altos destinos para estos Pueblos Nuevos, pletóricos de presente y grávidos de futuros trascendentales...

Pero aún hay algo más: recordad la última Conferencia Interamericana de México, donde, por la voz autorizada de su Presidente, Don Ezequiel Padilla, se expusieron los problemas, las necesidades y los anhelos de los pueblos del Continente; y ¿qué pedía en resumen esa Asamblea de Naciones? Nada nuevo que el Presidente Trujillo no hubiese dado ya o estuviese dando a la suya, brillantemente reformada y reconstruída por él: instrucción y derechos para todos por igual, sin discriminaciones raciales ni de sexo; orden interno, solución definitiva de los conflictos fronterizos y convivencia armónica con los vecinos; organización económica y equilibrio presupuestal; y finalmente utilización y desarrollo progresivo de las posibilidades naturales de cada región, para incrementar la riqueza pública y privada: con la diferencia sustancial de que, mien-

tras el areópago de Chapultepec esperaba financiar su programa de futuras realizaciones con el dinero del Cresco Norteamericano, el Presidente Trujillo, soñador audaz de realidades, ha ido ejecutando con precisión matemática las ambiciosas concepciones de su imaginación exaltada, y creando a la vez sus propias fuentes de recursos económicos, al impulso poderoso de su invención genial.

Inamovible, majestuosa, como la estructura de nuestras montañas, la obra monumental del Presidente Trujillo se destaca airosamente contra el azul del cielo, capaz de resistir los embates de todos los vientos de la crítica: su idealismo constructivo ha hecho surgir nuestra Nacionalidad en fracaso de los fondos brumosos de lo anónimo, y la ha impuesto a la consideración y el respeto del Mundo, dando "nuevo lustre y esplendor" a las glorias inmanentes de la Vieja Española, a fin de que ella pueda servir otra vez de asiento a la conquista espiritual del Continente, bajo el alto patrocinio de Cristóbal Colón, su genitor ilustre, a quien la Providencia "entregó un día las llaves de los atamentos de la Mar Oceana", para que él, último obrero de Mundos, viniese a redondear el Planeta...

Diciembre. 1946.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

SEGUNDA PARTE

PEDRO SANTANA, LIBERTADOR Y PATRICIDA

Hay una poética concepción de la vida, según la cual las Horas son unas hilanderas misteriosas que tejen sin cesar el destino de las criaturas; las manos de seda de esas deidades mitológicas hacen pasar por sus ruecas de ensueño los hilos individuales de cada ser; y aquí atan, allí sueltan, van formando primorosamente sobre el telar del tiempo, la tela milagrosa de la Humanidad.

Enmarcada entre dos abismos insondables: de un lado el profundo misterio de nacer y del otro el sombrío misterio de morir, la vida del hombre, como una inquietante interrogación sin respuesta, marcha a ciegas, por los caminos sin término de la Eternidad. "¿De dónde venimos y adónde vamos"? se han preguntado afanosamente, a lo largo de los siglos, filósofos y poetas; y aunque sigan pasando los tiempos y se sucedan las generaciones, será inútil pedir "razón de esa amarga sinrazón de la vida" a la inexcusable impasibilidad de lo Infinito.

Fué en la Grecia, pagana y eterna, donde alumbraron por primera vez los fanales de la sabiduría y del arte, según nuestra moderna apreciación de los mismos; aquel pueblo maravilloso, recogiendo en la copa exquisita de su sensibilidad la esencia de



antiguísimas civilizaciones que florecieron hacia el nacimiento del Sol, construyó monumentos imperecederos de Filosofía, abriendo cauces imborrables al pensamiento humano; eternizó las artes en letras y mármoles divinos; y señoreando luminosamente sobre la cumbre del universal Imperio Romano, proyectó los destellos de su genio hasta las más apartadas regiones de la tierra conocida.

Vino luego Jesús, el dulce filósofo de los Evangelios, con su doctrina nueva, descubriendo los mundos insospechados del espíritu, hasta el Renacimiento, en que maduraron prodigiosamente las Ciencias y las Artes. Brillantísimas concepciones ideológicas y ajustadas disciplinas escolásticas ensancharon de modo considerable el acervo espiritual del hombre; y sus corrientes de pensamiento desbordaron en nuestra moderna era, elevando a nunca soñadas alturas el nivel de todos los conocimientos humanos. Y, sin embargo, los problemas capitales del origen y fines de nuestra existencia, permanecen insolubles; perdida en un espeso mar de sombras, la conciencia del hombre se debate inútilmente entre las redes asfixiantes de lo Desconocido, como si a su pobre comprensión se hubiese fijado un límite imposible de traspasar.

Dejad vagar un momento vuestra imaginación por los campos ilimitados del cielo, y encontraréis teorías interminables de mundos que van por los espacios, galeotes fantásticos de luz, trillando fatalmente las mismas rutas eternas que en el principio les trazó la Omnipotente Voluntad Creadora; son miríadas y miríadas de constelaciones y de soles individuales que viajan sin cesar por los abiertos caminos del firmamento, en misiones secretas que la limitación de nuestra capacidad no puede concebir,



al servicio exclusivo de Aquel que hizo y que rige la milagrosa organización del Orden Universal.

Pedid luego al microscopio que os muestre la no imaginada maravilla de lo infinitamente pequeño, y os asombrará la inteligente actividad y la perfecta coordinación con que trabajan, dentro de sus palacios invisibles de las células, los átomos primarios que ocultan en su sabiduría el principio genésico de la vida: es, Señores, que hasta ese extremo incalculable de pequeñez llegan las emanaciones directrices del pensamiento creador de quien llamó la elocuencia soberana del Generalísimo Trujillo, "El primer obrero de los Mundos"...

Situada en medio de esa inmensidad de grandezas y de pequeñeces, la familia humana es apenas un pobre parásito adherido a la costra providente de esta tierra que, semejante a sutil grano de arena, vuela por los espacios en las alas veloces del huracán. Y Aquel que, en la pradera azul de los cielos, pastorea esos radiantes rebaños de soles, que finjen en la noche innumerables bombillas eléctricas, encendidas allí graciosamente para nuestra iluminación; Aquel que advierte cuando la humilde flor de la campiña necesita la gota de rocío, para abrirse en el apogeo de su belleza, y dar al viento el regalo millonario de su esencia; Ese que todo lo puede, rige también la existencia del hombre; y como a los astros y a los átomos, le tiene señalado el curso de su trayectoria fugaz por este oscuro valle de desolación; y su vida, al decir del Profeta del Islam, "está escrita, con caracteres indelebles, desde el principio ignoto de los tiempos".

El hombre, sólo grande por su imaginación y por sus pretensiones, cree a veces que "él es el artífice de su propio destino", sin advertir en su ceguera



que tan sólo es un pequeño juguete a merced de la todopoderosa fuerza cósmica que gobierna el Universo, en cuyo admirable concierto no caben disonancias, porque ese Universo es un todo único que alienta y se mueve exclusivamente a compás de la batuta directora del Supremo Artista.

Salidos del misterio de la Eternidad, vamos en marcha a través de la vida, peregrinos sin rumbo cierto, comprendiendo apenas lo que nos pasó ayer, ignorantes de lo que nos ha de suceder mañana, hilos sutiles de la madeja humana que otro teje, hasta que el mejor día, sin saber cómo ni cuándo, nos sorprende la muerte y nos vuelve otra vez al seno de la misma Eternidad de donde vinimos.

* * *

La Historia es el relato de los sucesos ocurridos en el curso de la vida de la humanidad; de entre sus páginas surgen frecuentemente inesperados acontecimientos que no puede explicar la razón lógica; se ven a veces causas insignificantes producir grandes efectos; y el narrador que no sabe cómo penetrar en la intimidad de sus orígenes y de su realización, los achaca siempre a Dios, a la Providencia o al Destino, como si acaso fuese otro el móvil generador que impulsa toda manifestación de vida en el armonioso funcionamiento del Orden Universal. Así, desde su eminencia secular, la hazaña independentista de Febrero se advierte envuelta en brumas de misterio que muestra limitada capacidad de investigación no alcanza a desentrañar, pues para que empresa tan aventurada pudiese haber sido coronada por el éxito, tenía que actuar decididamente una



voluntad superior que acomodara las circunstancias ambientes en la ejecución del imprevisto propósito separatista, que había concebido el patriótico ardimiento juvenil de Juan Pablo Duarte y sus discípulos de la Trinitaria.

Para apreciar mejor la audacia y la temeridad que fué necesario derrochar en la realización de nuestra Independencia, hay que considerarla en relación con los acontecimientos similares que se habían venido sucediendo en el Continente. Las Colonias Inglesas del Norte eran poderosas y ricas en toda clase de recursos, disponían de ilimitados territorios, separados de la Metrópolis por miles de millas de Océano aislador que, en aquel tiempo, no era fácil franquear, y su movimiento libertador fué concebido y ejecutado, a plena luz del día, por sus hombres más capacitados e influyentes, con la eficaz ayuda de la Escuadra Francesa y de la empresa romántica del gallardo marqués de Lafayette.

En los igualmente extensos y prósperos Virreynatos Españoles del Sur, los Libertadores pudieron aprovechar la coyuntura trágica de la invasión napoleónica a la vieja Madre Patria, ya en crónica decadencia, y el decidido concurso de la Armada Inglesa; tenían también a su favor la inmensidad del mar, las desiertas llanuras inhóspitas, sus heladas alturas, imposibles para los batallones reales, de la Cordillera Andina, el caudal turbulento de sus ríos; y señoreando ese cúmulo de circunstancias favorables, en su lucha por la Independencia, los pueblos Sureños estaban amparados por el genio único de Simón Bolívar y por la espada invicta de José de San Martín.

Ved ahora las terribles condiciones en que nuestra pequeña Nación se levanta luminosamente, des-



de los más bajos fondos de la esclavitud, a la suprema dignidad de Estado Libre. Abandonada a su propia suerte, como un oscuro peñón perdido entre las brumosas soledades del mar, de ese mar que, sin barcos, deja de ser camino para tornarse en presidio. "la isla amada del Descubridor, aya madrina de América". había sido escenario de los más violentos accidentes entre los dos pueblos, enemigos naturales por fatalidad histórica, que compartían su dominio; y después de repetidas intenciones con su secuela de incendios devastadores, depredaciones y crueldades africanas, los vecinos de Occidente, astutos y cobardes, aprovechando nuestra debilidad circunstancial, nos impusieron implacablemente la más oprobiosa de las servidumbres.

Duraba veintidos años la trágica pesadilla haitiana, y en su interminable discurrir se agotaron todas las fuentes del sufrimiento; la rapiña sistemática había despojado los palacios y los templos, y arruinado totalmente la economía nacional; clausurados los centros de cultura cristiana, en calculado propósito de rebajarnos a su incultura atávica; violadas y asesinadas nuestras mujeres; sin más garantía de vida y hacienda que el capricho concupiscente de los dominadores y el insaciable afán de lucro para su miseria ancestral de esclavos recién emancipados, sólo un camino quedaba a las familias pudientes: el de la expatriación... Y fué así como lo más granado de la intelectualidad y la riqueza se alejó de estas playas dolientes para encontrar refugio en tierras hermanas, especialmente Cuba, Venezuela y México, donde nuestros valores esenciales, conquistadores aún en la desgracia, contribuyeron eficazmente al progresivo desarrollo de sus patrias adoptivas.



En tanto aquí, bajo el terror negro, campeaban la desolación y la muerte; abortada a golpes de cadoalso la conspiración de Los Alcarrizos, la conciencia nacional quedó sumida en profundo marasmo, sin voluntad y sin medios de acción; hasta que al fin, sobre las ruinas del desastre, se levantó una generación nueva que había recibido del Destino el encargo trascendental de despertar al pueblo dormido, infundirle confianza en su propia personalidad y orientarlo decididamente hacia la conquista ideal de vastos horizontes.

Inspirador y Maestro de esa juventud apostólica, criatura trágica de dolor y de angustia, fué Juan Pablo Duarte, que en el cenáculo de la Trinitaria plantó su cátedra de Ciudadanía republicana, doctrina ignorada en nuestra tierra cuyas irradiaciones se expandieron velozmente, sacudiendo las conciencias en letargo y las voluntades remisas, hasta crear, en agonía de inenarrable via-crucis, un ambiente propicio a sus elevados fines patrióticos; y entonces, como grandiosa culminación del cívico entusiasmo reinante, se fijó la fecha del 27 de Febrero del 1844 para proclamar la Independencia.

Estaban pues los dominicanos espiritualmente preparados para la acción; veamos ahora los obstáculos materiales que debía vencer su coraje. Nuestras ciudades principales se encontraban militarmente ocupadas por un enemigo fuerte y engreído, con el respaldo a mano de numerosos ejércitos a las puertas de la Frontera; no había aquí en cambio un solo General criollo ni un soldado de línea, y en la extensión ruinoso de la tierra empobrecida, la población era sumamente escasa. Dispersos los organizadores del movimiento: Duarte en destierro, Sánchez oculto, en simulado fallecimiento, otros en



presidio. Sin armas ni dinero: recuérdese la carta, de patética elocuencia, en que sus amigos, sobre la cima de la desesperación, urgían al Maestro ausente, que ya todo lo había dado, el envío de unos armamentos, "aún a costa de una estrella del cielo", como si las misteriosas luminarias del firmamento hubieran servido nunca para otro fin que una grata contemplación del espíritu. Así, en tan penosas condiciones, no ha de extrañar que a última hora surgieran los fantasmas de la duda, aún en el ánimo de los valientes, amenazando desbaratar la conjuración; pero entonces se irguió también magnífica, irresistible, decisiva, la voluntad de Ramón Matías Mella.

Se había fijado como sitio y hora de la reunión, las nueve de la noche, junto al fuerte abandonado de La Misericordia; y enfundados en sus capas para ocultar las armas que cada quién había podido conseguir, llegaban poco a poco los patriotas, aisladamente o en pequeños grupos, como sombras calladas e imprecisas, moviéndose en la oscuridad impenetrable. Pero no todos los comprometidos en la conjura asistieron a la cita con el peligro y con la gloria; apenas poco más de un centenar se arriesgó en la patriótica aventura; y como por esa causa, cuanto por otras razones, originadas a la verdad en la prudencia más elemental, algunos opinaron por volverse atrás y posponer el pronunciamiento, Mella se opuso enérgicamente; y para cortar de raíz discusiones importunas y derrotistas, disparó al aire su trabucazo inmortal, al grito de la consigna Trinitaria: "Dios, Patria y Libertad—República Dominicana..."

Había quemado las naves del movimiento separatista; al eco de su formidable disparo respondió



al instante la expectativa de la Ciudad emocionada y se disiparon las recientes dudas entre sus compañeros de empresa que, armados ahora de su tradicional optimismo creador, corrieron al Baluarte del Conde de Peñalva, cuya pequeña guardia, al mando del Teniente de la Gendarmería, Martín Girón, se entregó sin resistencia; y sobre las piedras del viejo bastión ilustre que, desde entonces quedó consagrado como Altar de nuestra soberanía, fué formalmente proclamada, entre videntes triunfales, la separación de Haití y nuestra constitución en República Independiente. La aurora del día 28 madrugó gentilmente para contemplar un espectáculo grandioso: enhestada por el brazo prócer de Francisco del Rosario Sánchez, la Bandera de los Trinitarios por primera vez se mecía majestuosamente a los vientos de la Libertad, que estaban ya soplando sobre tierra quisqueyana...

* * *

Indescriptible, conmovedor y justo fué el júbilo de los capitaleños que, inesperadamente, se encontraron liberados del peso abrumador de la haitiana dominación; pero en el seno de la Junta de Gobierno que tomó a su cargo la dirección del movimiento, los más prudentes no podían entregarse a las efusiones de su entusiasmo, porque la realidad inquietadora solicitaba toda su atención. Dos problemas capitales requerían una inmediata solución, de la que dependía la suerte de la causa dominicanista: primeramente ¿resistiría la Fortaleza hasta que pudieran venir en su socorro fuerzas amigas, por tierra o por mar? Téngase en cuenta que la Gendarmería

Haitiana que la ocupaba hubiera podido sostenerla mucho tiempo contra un enemigo prácticamente desarmado, si el General Desgrotte, Jefe de la misma y Comandante interino del Departamento de Santo Domingo, hubiese sido un valiente militar de honor, como era de presumirse, dada la alta posición que se le había confiado; si se hubiera atrevido a prolongar unos pocos días tan sólo los trámites de la rendición, como sin duda lo habría hecho su recién fallecido antecesor, el viejo márrullero General Pablo Alf, es lo más probable que el andamiaje del separatismo dominicano se viniera al suelo, arrollado estrepitosamente por la avalancha de ejércitos haitianos, en acecho detrás de la Frontera, que, a la primera noticia de lo sucedido, inundaron los caminos del Norte y del Sur de nuestro territorio.

Pero, como la Providencia estaba a favor de nuestra causa, la Fortaleza capituló inmediatamente, merced a la decisiva intervención del Cónsul Francés, Juchereau de Saint-Denys, que acababa de arribar a nuestras playas, expresamente pudiéramos decir, para desempeñar tan preponderante papel en el proceso de nuestra liberación y para dejar constancia escrita de los trascendentales acontecimientos que le tocó presenciar

El otro asunto de igual importancia que inquietaba a los Miembros de la Junta de Gobierno, era si responderían debidamente las demás regiones del país, Iniciadas en la conjura separatista. Para calmar su impaciente espera, Don Tomás Bobadilla había salido a caballo rumbo a los pueblos del Este a fin de activar su pronunciamiento; pero, a poco andar, se devolvió al recibir aviso de que los contingentes armados de Monte Plata y de Boyá se acercaban a marchas forzadas, los cuales entraron esa misma

tarde a la Capital, dirigidos por el Comandante Matías Moreno, que, desde el día anterior había proclamado también la Independencia en dichas poblaciones. Así, al declinar ese decisivo día 28, el horizonte preñado de inquietudes y de dudas, se aclaraba poco a poco para los flamantes libertadores, que pudieron dedicar los días subsiguientes a imprimir normas de organización administrativa al naciente Estado; al ofrecer ahora a las otras ciudades el ejemplo vivo de la Capital conquistada como prueba de efectiva autoridad y valimiento, se acabaron de ganar la voluntad y la ayuda de los rezagados; y mas tarde llegaron las tropas de Higüey, del Seibo y de Los Llanos, fuertes de 2.000 hombres, capitaneadas por Pedro y Ramón Santana y Bernabé Sandoval, que acabaron de dar fisonomía de cosa estable al ardiente sueño libertador de Juan Pablo Duarte, que había calorizado y hecho realidad el entusiasmo irresistible de los Trinitarios.

Precisamente a tiempo llegaban esas fuerzas, porque la negra tormenta de la invasión se había desatado en Occidente y avanzaba arrolladora; comandados por el mismo General Riviere, Presidente de Haiti, que se jactaba de ser Jefe Supremo de la Isla —una e indivisible— los ejércitos haitianos pretendían reconquistar la Capital y ahogar en charcos de sangre el recién ejecutado movimiento separatista.

* * *

Fué una prueba tremenda para la Nacionalidad, en pañales todavía, tener que afrontar de inmediato las consecuencias de una guerra a muerte, sin ejércitos, sin armas, sin dinero, contra un enemigo pode-



roso y engreído, radicado en el mismo territorio de la Isla, sin más barreras que su propia voluntad. En circunstancias similares, la invasión de Boyer, 22 años antes, había sido un paseo triunfal a través de nuestras campiñas y ciudades, que esperaba repetir ahora el Presidente Riviere, convocando el ala Norte de sus fuerzas para reunírsele pocos días después en Santo Domingo, la antigua capital de la Española, mientras él marchaba orgullosamente con el grueso de las mismas, divididas en dos columnas, por los arduos caminos del Sur.

Esta vez, sin embargo, los acontecimientos siguieron rumbos distintos, porque los dominicanos recién salidos de la esclavitud, y aleccionados en la escuela de ciudadanía que había sido la prédica apostólica de Duarte, y de sus discípulos de la Trinitaria, prefirieron jugarse la libertad y la vida al filo de sus machetes y aceptaron el reto desigual. Todas las ciudades respondieron presurosas, con decidido entusiasmo a la consigna del momento; y en cada lugar los hombres hábiles para la guerra, echaron mano de sus viejos trabucos, lanzas y machetes, y acudieron al campo del honor para enfrentarse a los bien organizados y mejor armados ejércitos de la Invasión.

Un nuevo problema de grandísima importancia debía ser inmediatamente resuelto: ¿quién comandaría esas desordenadas partidas de civiles que integraban las fuerzas patriotas? No tenía la Junta de Gobierno un militar experimentado a quien confiar tan delicada misión, de la que dependía muy principalmente, la suerte de la causa. Recuérdese que la última empresa guerrera en que habían participado los criollos fué la Reconquista, cuando, acaudillados por don Juan Sánchez Ramírez, el cotuisa-

no inmortal, en la famosa acción de Palo Hincado, destrozaron el brillante ejército francés, hecatombe que encendió el fulminante en la pistola suicida de Ferrand; pero de ello hacía 34 años, habiendo desaparecido ya la mayor parte de sus actores. Los Pueblo y otros oficiales de baja graduación, formados bajo los dominadores, si bien se habían adherido al movimiento, no tenían entonces personalidad bastante para responder a la emergencia; los Sánchez, los Mella, los Alfau, jóvenes capitaleños inexpertos, decididos y valientes sin duda, pero militarmente ignorados hasta entonces, no podían inspirar confianza ni imponer respeto a esas turbas de reclutas campesinos, indisciplinadas e ignorantes, que constituían el núcleo principal de las fuerzas nacionales.

Pero si la Junta no tenía un General a mano, el Destino podía ofrecerle en cambio un gran Jefe que dominara los acontecimientos y condujera a la victoria las armas defensoras de la nueva Nacionalidad. Hijo al parecer de una improvisación circunstancial, Pedro Santana era sin embargo, en ese momento culminante de nuestra existencia, el único hombre que reunía las condiciones necesarias para enfrentar la difícil realidad y salir airoso de ella. Había mamado en San Miguel de Híncha el odio al haitiano agresor, cuyas depredaciones incesantes obligaron a los suyos, cuarenta años atrás, a abandonar casa y hacienda para trillar incierta rutas de aventura; hasta que, dejando un gran trecho de tierra en medio, hicieron alto en la exuberante y bravía comarca oriental del Seibo. Allí plantaron su tienda de gente honesta y trabajadora, y al amparo de circunstancias favorables, pronto se crearon una sólida posición económica y social dentro del medio acogedor.



En el Hato del Prado, principal establecimiento de los Santana, aprendió el Libertador desde niño a domar potros y desbravar novillos, como un inconsciente entrenamiento para su futura tarea de dominador de hombres; en íntimo contacto con la tierra nueva y con sus primitivos pobladores, creció fuerte y sano como criatura directa de esa naturaleza agreste; y en su espíritu virgen florecieron y maduraron espléndidamente las virtudes tradicionales de algún ancestro lejano, un arrogante hidalgo sin duda, de la clásica comedia calderoniana, de aquellos que, en la conciencia y el orgullo de su hombría, se consideraban "iguales al Rey... y aún más que el Rey..."

Así, durante cuatro largas décadas, consagrados exclusivamente al fomento de la Hacienda y al cultivo de amistosas relaciones con sus vecinos y conocidos, aumentó considerablemente la riqueza familiar, cuando por herencia vino a sus manos, y adquirió un ascendiente natural y definitivo sobre la comarca. Su fama de honradez y seriedad se extendió al fin por toda la región oriental; y cuando los jóvenes de la Trinitaria iniciaron las actividades preparatorias del movimiento separatista, fácilmente pudieron ganar para sus fines la voluntad y el concurso, incondicional y valioso, del Hatero que llevaba en la sangre una aversión atávica contra el haitiano opresor, cuyos esbirros no tardaron en hacerle objeto de sus persecuciones, contribuyendo así a aumentar el prestigio de su ya destacada personalidad.

No fué pues la suya una elección acomodaticia o caprichosa; es más, no había en el seno de la Junta de Gobierno posibilidad de discrepancias acerca del nombramiento de General; solo su hermano gemelo Ramón, que compartía con él la influencia



política en el Este, fué señalado como posible candidato a la elevada encomienda; pero éste la declinó gentilmente y a unanimidad se escogió a Pedro Santana como Jefe Supremo de las fuerzas nacionales, cuyo contingente mayor había sido reclutado y armado por su diligencia y a costa de su propio peculio; contaba en su seno numerosos familiares, ahijados y compadres; los había dirigido en el sangriento asalto a la Fortaleza del Seibo, al hacer el pronunciamiento la noche del 26 de Febrero; gente, en fin, que venía con él, le obedecía ciega y exclusivamente y lo seguiría adonde él quisiera llevarla, sin preocuparse de peligros ni de penalidades.

• • •

Esa debía ser, sin duda alguna, la clase de obediencia, incondicional e irrazonada, que se necesitaba lograr de la turba de reclutas que componía nuestro ejército, para sacar el mejor partido de su valor y de sus otras buenas condiciones personales. La unidad disciplinaria que se obtiene en el militar de escuela por el constante ejercicio y la sujeción razonable al cumplimiento estricto del deber, había que alcanzarla del miliciano en acción de guerra, por inspiración de un profundo sentimiento de amor y de confianza y por rígida imposición del miedo al castigo; y tal fué la clave del éxito en la estrategia no aprendida de Pedro Santana: cada hombre bajo su mando, desde el último soldado hasta el más encumbrado General, estimaba y temía al Jefe, y abrigaba la íntima convicción de que se apreciaría debidamente a quien hiciera su deber, pero en cambio sería inexorablemente castigado todo aquel que faltara a una orden superior.

Y fué así como, sin preparación militar de ninguna especie; con armamento pobre y escaso; reclutas los soldados, bisoño el Jefe, las fuerzas dominicanas, armadas sin embargo de valor y entusiasmo incontenibles, que suplían con ventaja todas las deficiencias, batieron en Azua, espectacularmente, al cuerpo de ejército mandado por el Presidente Riviere en persona y quedaron dueñas del campo de batalla, a 19 de Marzo, veinte días después de proclamada la Independencia.

Esta hazaña, sin embargo, no fué una victoria militar completa, pues agotados los escasos pertrechos, Santana dispuso muy atinadamente, la retirada de sus fuerzas a lugar defendido por los accidentes del terreno, mientras las haitianas, reforzadas al día siguiente por la columna del General Souffront, que había venido por el camino de Neyba, recuperaron la ciudad abandonada. Moralmente, en cambio, esa batalla tuvo una trascendencia incalculable; llevando al ánimo de los dominicanos el convencimiento de su capacidad para defender el supremo derecho de ser libres, les inspiró una confianza sin límites en su propio valimiento, y preparó el ambiente patrio para la próxima acción del 30 de Marzo, en Santiago de los Caballeros, donde los compactos batallones de la Invasión, que venían devastando por el Norte, fueron completamente aniquilados, por otro heroico grupo de improvisados guerreros nacionales.

Probablemente Pedro Santana, no estudió en libros clásicos las modalidades de su estrategia; acaso ni siquiera había leído a Plutarco, el Maestro de Luperón, ni a Jenofonte o a Julio César; pero es indudable que desempeñó su papel maravillosamente bien. Su prudencia natural no había de compro-



meter los abundantes frutos de su primera conquista, en una acción extemporánea, no obstante las diversas solicitaciones en contrario. Así, mientras rearmaba, fortalecía y disciplinaba las fuerzas de su mando, acosaba incesantemente al enemigo, por medio de guerrillas destacadas en distintas direcciones, obligándolo a mantenerse en nerviosa tensión, dentro de sus cuarteles; y él seguía ganando tiempo, a la espera de circunstancias más propicias, para empeñar la batalla definitiva. Mas, como en otras ocasiones, esta vez también, la Providencia se mostró definitivamente favorable a la causa dominicana: el Presidente Riviere fué derrocado en Haití, teniendo forzosamente que abandonar su fatal empresa invasora; y al regresar, en su inútil despecho, hizo de Azua, de San Juan, Bánica y demás pueblos del tránsito, antorchas gigantes que, a la postre, sólo sirvieron para alumbrar la vergonzosa realidad de su fracaso sangriento.

Como sujeto de estudio histórico, Pedro Santana, en su vida y en su muerte, se diría el personaje central de una tragedia de Esquilo. Seguidle, si no, desde la más perfecta anonimidad militar, en el Hato del Prado, hasta las caldeadas regiones del Sur que fueron escenario propicio, frente al haitiano invasor, para el completo desarrollo de su personalidad. Vedle allí, organizador, autoritario, absorbente, estratego improvisado, vencer al enemigo, imponerse luego a militares y políticos, y súbitamente centralizar en su persona toda la autoridad de la República. El trágico griego diría que el Hado lo había escogido como Salvador de la nueva Nacional-

dad; y así parece en efecto. Su férreo carácter, de viejo temple heróico, disciplina las valerosas huestes nacionales, transformándolas rápidamente en ejércitos formidables que, bajo su mando, se acostumbran a vencer; la fama de su nombre causa pánico entre los invasores de Occidente y vuela de un confín al otro de nuestra tierra, conquistando la voluntad y el amor de sus compatriotas. Así, dueño y señor de la opinión pública, establece soberanamente el imperio de la Ley, impone el respeto a la propiedad y al orden y funda gobiernos estables que respalda su prestigio.

Triunfante pues de haitianos y criollos, ¿de dónde surge en la mente del hombre fuerte la debilidad de la Anexión? “¡Obra de la Fatalidad!” respondería el trágico griego, y acaso tendría razón. En efecto: ¿qué había de temer Pedro Santana, él que nunca tuvo miedo? ¿De los Haitianos? ¡nada! tres veces habían invadido el país y tres veces los había derrotado espectacularmente, creando al fin un saludable escarmiento entre sus filas... ¿De los dominicanos?... ¡nada!; cierto que Báez y sus secuaces habían intentado más de una vez interrumpir el orden público creado por él, y cuyo mantenimiento consideraba el más alto de todos los deberes; pero cierto también que había desbaratado las maquinaciones subversivas, esgrimiendo con mano dura el cadalso y la expatriación, armas terribles que, contra los transgresores, ponía en sus manos la suprema autoridad de la Ley.

Y si nada tenía que temer ¿qué podía esperar de la Anexión quien todo lo tenía? ¿Honores?... ya su pueblo, el Congreso, las instituciones lo habían aclamado delirantemente, cuando regresaba triunfador de sus campañas, y todo el curso de su vida



recta estuvo siempre a prueba de vanidades. ¿Autoridad? la ejercía soberanamente sobre cuanto lo rodeaba; ¿dinero? no le interesaba al que se satisfacía con la mediana riqueza de sus hatos. Y, sin embargo él, que si no había gestado la nueva Nacionalidad, la había prohiado y dádole calor, la salvó del peligro haitiano solamente para entregarla luego a España, mediante graciosa donación, ya que nadie, conociendo la natural austeridad de su vida, ha de concebir que un sencillo bastón de Mariscal sería incentivo tentador para quién, de quererlo, un cetro real habría alcanzado; ¿no se advierte allí la existencia de un fatídico designio...?

Y con la consumación del nefando patricidio, la acción de la Tragedia está en pleno desarrollo: Francisco del Rosario Sánchez tremolará otra vez la bandera de Febrero, solo para caer envuelto entre sus pliegues en los ardidos campos de San Juan; pero la sangre patricia y la de sus compañeros mártires habrá de ser abono generoso que vigorice el germen de la Libertad.

El Comandante José Contreras habrá caído también fulminado en Moca con cuatro de los suyos; y la obsesión anexionista de Santana, creará, a estos golpes de cadalso, haber cortado de raíz las protestas del patriotismo ofendido; y considerando acaso su obra terminada, renunciará el cargo de Capitán General y, "cargado de lauros", que nunca le importaron gran cosa, se retirará a la pacífica quietud de sus Haciendas.

Pero su alejamiento temporal del escenario no podrá detener ya la acción de los acontecimientos que había desatado su imprevisión fatal; por el contrario, influirá notablemente en su más rápida marcha hacia el desenlace; y cuando la Revolución Res-

tauradora, como voraz incendio incontrolable, quiere envolver todo el país, y los ejércitos españoles empiezan a sufrir las primeras derrotas, entonces Pedro Santana, el guerrero invencible, es llamado de su retiro para sofocar la pavorosa conflagración; y he ahí al héroe de la tragedia clásica en acción decisiva hacia el final del drama.

Si Pedro Santana hubiese tenido una inteligencia esclarecida, es seguro que a estas honduras de su camino habría pronunciado monólogos, tan profundos y sombríos como los de Hamlet, el Príncipe loco de Dinamarca. Ved si no las terribles circunstancias anímicas en que se desenvuelve su pensamiento y su acción: como si hubiese sido una prenda de su exclusiva pertenencia, solamente en interés de conservarla y de cuidarla mejor, había entregado a la Madre Patria, por su sóla voluntad, la República nacida de Febrero; y resulta que los mandarines españoles, torpemente, tratan a la nueva provincia de la Monarquía como a territorio conquistado, y sus desmanes obligan a los criollos a levantarse en armas contra la Metrópolis. Santana comprende que se ha equivocado lamentablemente, pero que es ya demasiado tarde para volverse atrás; y, con la entereza tradicional que caracteriza sus actuaciones, se enfrenta a los mandatarios españoles y denuncia virilmente sus desafueros, cargando sobre ellos las responsabilidades consiguientes. Y va tan lejos por ese camino que los jefes españoles, engreídos y suspicaces, conciben dudas, al parecer fundadas, ante la indecisión de la guerra, sobre la lealtad del viejo caudillo, lo suspenden en el mando, y sometido a proceso, resuelven enviarlo para España.

Del otro lado, como Mariscal de la Corona y principal responsable de la penosa situación creada,

Santana considera su deber suprimir la rebelión y no obstante la tardía protesta de su conciencia conturbada, lo intenta decididamente, a la cabeza de un escogido ejército, con el cual proyectaba invadir el Cibao y "decapitar la Revolución en su cuna"; y aún convencido de que sus compatriotas actúan con plena razón y con perfecto derecho, carga contra ellos al lado de sus opresores... Y el Gobierno Provisorio, amparándose del más elemental principio de defensa, lo declara traidor a la Patria y lo condena a muerte en contumacia.

En tal tesitura, el desenlace es inminente: antes que ser ludibrio de españoles o de dominicanos, Pedro Santana "muere de soberbia, haciendo de la tumba el eterno panteón de su entereza"; clásico final de la tragedia que, en frase feliz, sintetiza Luperón: "cuando vió a su víctima ensangrentada, pero llena de dignidad y de heroísmo, no pudiendo salvarla, tuvo vértigos y expiró..."

* * *

Al Presidente Trujillo, Señoras y Señores, no le asustan las hazañas de los vivos ni las glorias de los muertos; sus admirables realizaciones espirituales y materiales, como propulsor en todo orden de actividades, lo han situado a tan indiscutibles alturas que, rompiendo los moldes ordinarios, anula ya toda posibilidad de parangón; las proyecciones de su recia personalidad llenan totalmente la época que habrá de ser llamada la "Era de oro de la República". Y si tanta, y diversa y sobresaliente ejecutoria no fuese título bastante para su glorificación, tan sólo el rescate y la dominicanización de la Fron-

tera sería mérito suficiente para colocarlo en sitio de honor definitivo, entre los grandes adalides que fundaron la Nacionalidad.

Seguro de que ninguna gesta contemporánea ha de superar sus éxitos, ni gloria alguna del pasado hará palidecer su hoja de servicios al servicio de la Patria, el Presidente Trujillo puede ir, y va, efectivamente, prodigando estímulos y laureles a su paso triunfador, cultivando amorosamente flores de recuerdo sobre las tumbas de olvidados heroicos y poniendo cenizas ilustres a la sombra de la Inmortalidad... Nunca fué un ambiente nacional más propicio a la equitativa apreciación de los acontecimientos históricos; y es por tanto de absoluta oportunidad la discusión habida recientemente en el seno del III Congreso de la Juventud Dominicana, relativa a la reivindicación de la memoria del Libertador Pedro Santana. Sólo que, a mi entender, fué demasiado ambiciosa la pretensión de los jóvenes proponentes que, de una sola vez, querían llevar los restos del grande hombre a la Capilla de los Inmortales; porque ese había de ser un fin, no un principio, ya que resultaría ilógico liquidar un problema antes de plantear su solución; porque Pedro Santana LIBERTADOR Y PATRICIDA en una sola pieza, es una proposición histórica que debe ser previamente sometida al juicio consciente y sereno de los hombres libres de esta generación, formada bajo las disciplinas ideológicas del Generalísimo Presidente Trujillo.

Y cuando, sin odios ancestrales ni apasionamientos pueriles, se examine a fondo la vida y la actuación del discutido Prócer, a la nueva luz de la valiosa y abundante documentación publicada en estos últimos años, que ignoraron los autores de nues-

tra Historia escrita, no me cabe la menor duda de que Pedro Santana aparecerá como lo que realmente fué: un hombre de su tiempo, de sobresalientes virtudes y de excepcional envergadura, que tuvo a su cargo la misión trascendental de levantar, y levantó, los pilares graníticos del edificio en que se asienta hoy, soberanamente, la Nacionalidad Dominicana,

Y si en la ejecución de tan noble empresa fué preciso que, junto a la derramada en los campos de batalla, corriera también en los cadalsos sangre noble de patriotas extraviados, y que, por obra de las circunstancias, se atropellaran glorias ilustres, no podemos culpar hoy a quien pasó, en el curso de su vida pública, como una fuerza poderosa, inexorable y ciega, desatada por el Destino a la conquista de una encumbrada finalidad.

La Anexión a España que se ha venido considerando como la nube negra que pudiera oscurecer el brillo de sus laureles, vista por nosotros desde la eminencia del tiempo transcurrido, es apenas un accidente desafortunado más en la vida institucional de nuestra tierra, cuya Historia parece más bien una larga canción de gesta, donde alternan sombras pavorosas con claridades de Sol. Si se ha considerado buena, y evidentemente lo fué, la Reconquista llevada a cabo por el Brigadier Don Juan Sánchez Ramírez, no hay entonces por qué asombrarse de la Anexión, ya que ambas perseguían el mismo objetivo, tan entrañablemente grato a nuestro orgullo nacional: conservar para las generaciones venideras las características esenciales de la Hispanidad...

En la perfecta coordinación del orden universal, donde "sucede siempre lo que más conviene", un acontecimiento cualquiera es naturalmente el germen de otro acontecimiento posterior; y así como

la sombría noche de la dominación haitiana amaneció en la esplendente aurora de Febrero, la fatalidad de la Anexión originó la Guerra Restauradora, que es la más señera gesta épica, escrita por el valor dominicano en la Historia de la Libertad de América.

Son caídas dolorosas y levantamientos triunfales en la trayectoria, sembrada de cumbres y de abismos, que, desde su infancia, ha seguido la Nacionalidad Dominicana, hasta alcanzar su pleno desarrollo en esta brillantísima ERA DE TRUJILLO.

Octubre del año 1945.

INDICE

	Pág.
INTRODUCCION	7

PRIMERA PARTE

Apoteosis Colombina	11
Santo Domingo Altar de América	17
La Unidad del Continente Americano	37
Asociación o Muerte	57
Post Scriptum	67

SEGUNDA PARTE

Pedro Santana, Libertador y patricida	73
---	----



1000-1000-1000
1000-1000-1000



